EDUARDO DE ORY

MANUEL REINA

ESTUDIO BIOGRÁFICO

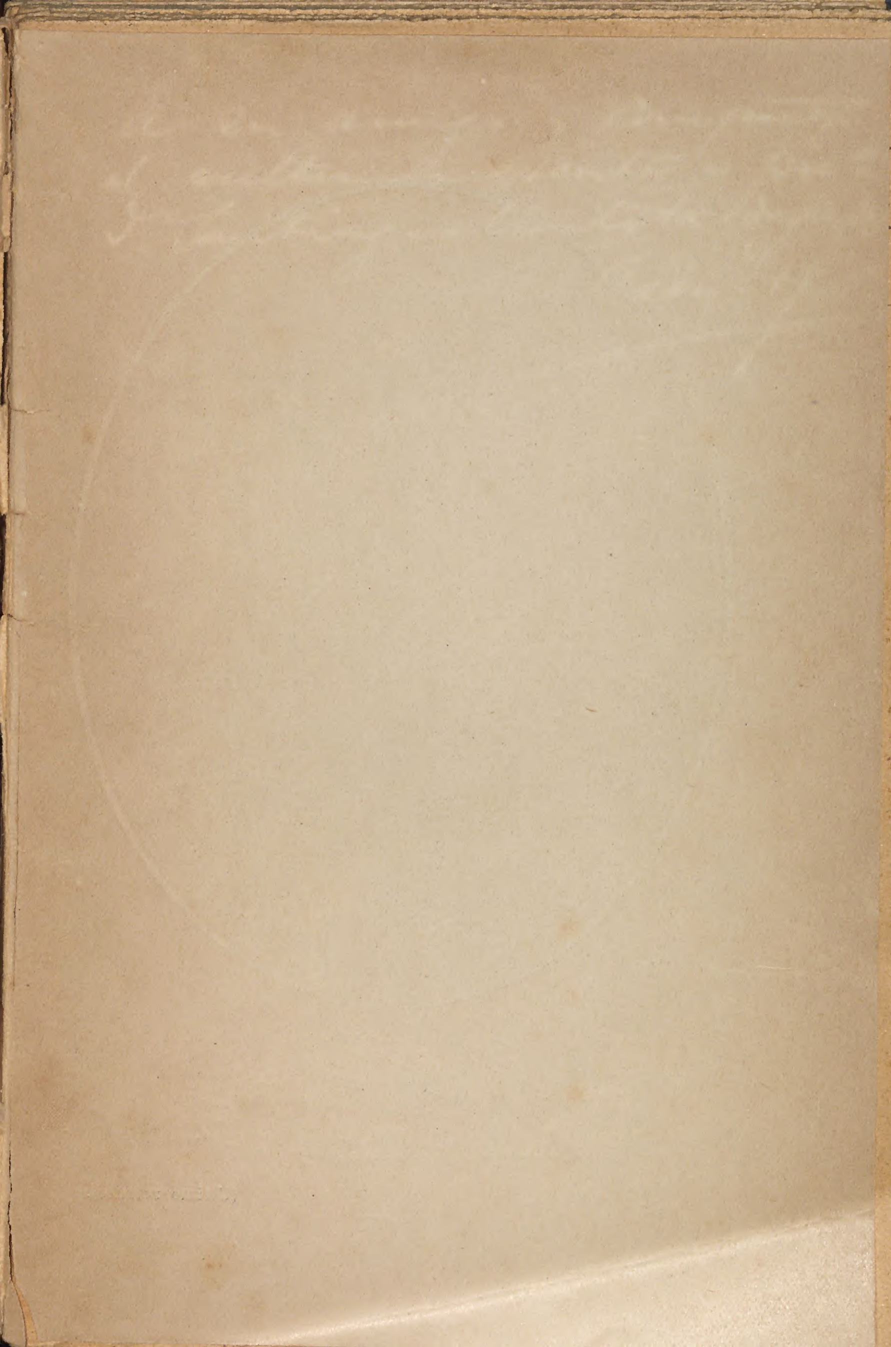
SEGUIDO DE NUMEROSAS POESÍAS DE ESTE AUTOR,
NO COLECCIONADAS EN SUS LIBROS

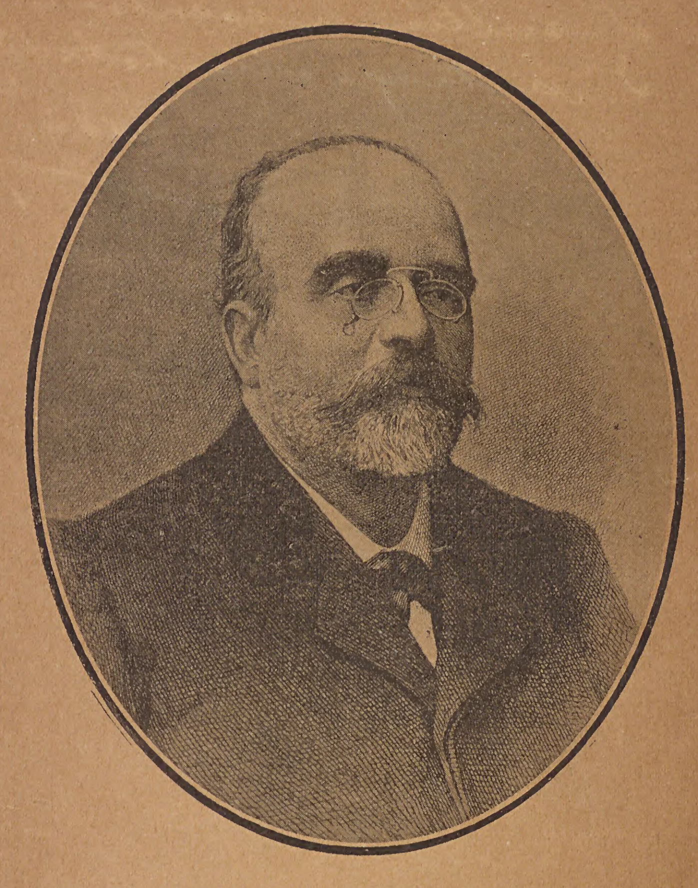


CÁDIZ

—

Ed. «España y América»
Aranda, 3.





Man.l Reina

(Ultimo retrato).

RECUERDO DEL AUTOR

a su amigo y compañero
el cultísimo escritor y poeta
D. Santiago Montoto de Sedas.
Cádiz: 1916.

MANUEL REINA

EDUARDO DE ORY

MANUEL REINA

ESTUDIO BIOGRÁFICO

SEGUIDO DE NUMEROSAS POESÍAS DE ESTE AUTOR,

NO COLECCIONADAS EN SUS LIBROS



CÁDIZ

Ed. «España y América»
Aranda, 3.



Tip. Comercial. — Antonio López, 3.—Cádiz.

A los Sres. D. Manuel y D. Luis Fernando Reina Nogués, hijos del ilustre poeta, a quien consagro estas páginas, que representan un homenaje de admiración y cariño.

E. de O.

A Puente Jenil.

(Pueblo natal del gran poeta Manuel Reina).

Pueblo hermoso, ideal, resplandeciente,
como la inspiración de su Poeta;
el que dió a sus creaciones la secreta
esencia ignota que la vida siente.

Bajo tu cielo azul, pueblo rïente,
rimó tu trovador "La Vida Inquieta":
lírico florilegio que interpreta
su alma de artista, soñadora, ardiente.

Puente Jenil: tuviste la fortuna,
y el orgullo también, de ser la cuna
del pöeta de excelsa fantasía.

Por eso yo te evoco, pueblo amado,
al hacer este libro: consagrado
al Cantor inmortal de Andalucía.

Eduardo de Ory.

ANTES DE EMPEZAR

Manuel Reina fué un genial poeta, pero vivió demasiado poco para que su generación comprendiera cuan grande era su talento y cuan inmensa su brillante fantasía. Tenía 48 años de edad cuando bajó al sepulcro y aunque su nombre es inmortal—porque no puede morir quien crea magníficas obras de belleza—no ha llegado a la cumbre porque persiguiera nunca el elogio de la crítica, elogio que ella le prodigó siempre expontáneamente; ni tampoco porque ambicionase esa inmortalidad. Jamás ambicionó que hablaran de su arte exquisito, pero él, en cambio, lo prodigó generosamente, porque cultivaba, como contadísimos literatos, «el arte por el arte».

Fué un hombre modesto que pudo haber ejercido altos puestos en la política, pero que siempre los rehusaba, porque no pretendió nunca cargos remunerados.

Yo, que me honré con su amistad y que recibí sus consejos, no he querido dejar pasar más tiempo sin consagrar este homenaje a su memoria, para mí inolvidable; homenaje modesto, como mío, pero que puede servir de base para que pluma más experta escriba una biografía extensa de

personalidad de tanto relieve y mérito en la lírica española del siglo XIX.

Al hablar de su obra literaria y de su vida he de incluir algunas de sus más selectas estrofas y fragmentos de los principales juicios críticos que merecieron sus libros admirables. De este modo, sin pretensiones de erudito biógrafo, creo que daré una idea, aunque vaga, de lo que fué Manuel Reina, que, no obstante haber muerto cuando aun tanto podía esperarse de su brillante númen poético, logró una fama bien cimentada; abandonando el mundo sin un enemigo, pues, artista siempre, solo supo hacer obras buenas en todas sus manifestaciones, porque su corazón, donde se reflejaban los grandes ideales, estuvo

«siempre a la envidia cerrado,
a la bondad siempre abierto».



MANUEL REINA

Nació en Puente Jenil (Córdoba) el 4 de Octubre de 1856, siendo sus padres D. Manuel Reina Morales, hombre cultísimo y de sólida ilustración y doña María del Amparo Montilla Melgar, virtuosísima dama, que por sus excelentes cualidades y por estar siempre propicia a practicar el bien, logró las simpatías de todas las personas que la trataban.

La fé de bautismo de Manuel Reina, la tenemos presente y dice así: «En la villa de Puente Jenil, provincia y obispado de Córdoba, en cinco de Octubre de mil ochocientos cincuenta y seis: Yo D. Juan José Morales, Pbro., Caballero de la Real y distinguida órden española de Cárlos III, Comendador de la Americana de Isabel la Católica, condecorado con la Cruz de la Orden Civil de Beneficencia, Cura Castrense del radio de esta villa y el más antíguo de la Parroquial de Nuestra Señora de la Purificación de ella, bauticé solemnemente un niño que nació día anterior a las seis de su tarde, calle de la Plaza, núm. 14 y le puse por nombre *Manuel, Francisco de Asís,* hijo legítimo de D. Manuel Reina, del Comercio, y de Doña María del Amparo Montilla; abuelos paternos D. Dionisio Reina y D.ª Juana Morales; maternos D. Mariano Montilla y D.ª Josefa Melgar:

naturales y vecinos de esta. Madrina D.ª María del Cármen Reina y Morales a quien advertí su obligación y parentesco espiritual. Testigos don Antonio y D. Francisco Baena, y para que conste la firmo.—Juan José Morales».

Desde muy niño demostró sus aficiones literarias, revelándose bien pronto poeta de altos vuelos. Cuenta un pariente suyo y amigo inseparable de la niñez, D. Juan Reina Iglesia que, al revés de otros muchachos de su edad, él rehuía los juegos y diversiones propias de los pocos años para sentarse en una mesa a escribir los primeros versos que ya bullían en su imaginación y que le dictaba su prodigiosa fantasía...

Era realmente una precocidad aquel niño tan formalito, tan inteligente, tan artista. De aquí, que andando el tiempo, llegase a ser uno de los primeros poetas españoles.

No abandonaba, sin embargo, sus estudios; alternaba la obligación con la devoción del arte y así, al mismo tiempo que aprovechaba sus cursos, escribía en periódicos y hacía poesías acabadísimas en las que sobresalía una originalidad poco corriente en quien comienza a versificar, pues sabido es que en todos los escritores noveles aparece la inexperiencia entre las influencias de lecturas y autores favoritos.

Gustaba desde adolescente de la soledad y el recogimiento. Fueron siempre su pasión los libros y los periódicos y entre unos y otros pasaba horas enteras, no pocas consagradas a la me-

ditación de sus estrofas, que brotaban de la pluma con bastante facilidad, pero que, más tarde, eran transformadas casi por completo, porque, desde que comenzó su carrera literaria, era su afán pulir los versos a la manera de esos artífices de diamantes, pacientísimos, que emplean largo tiempo en la perfección de las facetas. Así, se notan sus primeros versos correctísimos, pero sin palabras rebuscadas ni esa hojarasca tan abundante en los versificadores vulgares.

En su pueblo natal aprendió la primera enseñanza, y con notable aprovechamiento, la segunda en el Colegio de los PP. Escolapios en Archidona, pasando luego al Instituto de Córdoba para proseguir el bachillerato. Entonces publicaba, con otros amigos un periódico manuscrito, del que «editaba» un solo ejemplar, que según cuenta un compañero de estudios de nuestro biografiado (a quien debemos esta anécdota) casi siempre iba a parar a las lindas manos de una «Musa adolescente»... Y parecía, entonces, que Reina preveía su mañana glorioso y que pensaba en la inmortalidad de su fama de poeta, pues entreteníase en grabar su nombre, con un cortaplumas, en escaleras, paredes, pasamanos y cuantos sitios podía, del Instituto cordobés. Recientemente he podido comprobar que esto es rigurosamente cierto, pues aún se conservan en el mencionado Centro de Enseñanza. Estudió más tarde en las Universidades de Sevilla, Granada y Madrid la carrera de abogado, que cursó, como el bachillerato, brillantemente.

«Era—dice un biógrafo suyo, D. Antonio Aguilar y Cano, Académico de la Historia—de mediana estatura y complexión recia, con grosura y morvidez de líneas propias de una edad a que no ha llegado por los años, siquiera la haya traspasado por crueles sinsabores, [1] de aspecto simpático y atrayente, dominando en su gesto finísima expresión de amarga ironía, que en nada hiere a quien le trata; de porte noble y distinguido, de frente espaciosa y abultada como cuadra al tesoro que encierra; de mirada escrutadora, inteligentísima en el diálogo, vaga y perdida en ideales abstracciones, cuando calla o medita; de poblada y recia barba encuadrando su semblante correcto y contrastando su tono pardo con lo blanco de la piel, para dar valiente y orgulloso relieve a una cabeza bien modelada y echada con actitud arrogante un poco hacia atrás por los fuertes y cortos músculos del cuello. La figura entera se aparta de lo vulgar». Después añadía el propio biógrafo, que trató a Reina desde la niñez, «en su vida material como en sus espirituales manifestaciones es más uno que vario, es la determinación categórica e inflexiblemente lógica de una causa estética, es la concentración armoniosa, equilibrada, suave y dulce de una sola idea y de un solo sentimiento, es el amor melan-

(1) Alude, sin duda, al fallecimiento de su amadísima esposa que murió pocos años después de celebrarse el matrimonio, del cual nacieron tres hijos: D. Manuel (abogado), D. Francisco, Oficial de Artillería, que dejó de existir pocos años después de su padre; y D. Luis Fernando, también abogado.

cólico de todo lo bello, de todo lo noble, de todo lo generoso, plasmando todas sus alegrías y sus punzantes dolores merced a raudales de inspiración bebidas sin tasa en la luz, en los colores y en las más bellas formas de la bella naturaleza. Músico, hubiera sido Bellini; pintor, hubiera eclipsado a Murillo y a Frá Angélico; escultor, hubiera idealizado las místicas creaciones de Montañez; arquitecto, no se hubiera contentado con encerrar en cármenes granadinos todas las filigranas y voluptuosidades de la Alhambra; poeta, como Dios lo ha hecho, morirá con la nostalgia de no crear y vivir un mundo amasado con chispas de luz brillante y pétalos de perfumadas flores donde su inspiración pudiera reposar por siempre en el único seno de una virgen ideal.

Dotado de una sensibilidad exquisita, cuyas ideales manifestaciones pueden apreciarse en sus poesías, y cuya manifestación real convirtió en caldeado y sedoso nido el hogar que abrigó a la esposa, cuya muerte llora, posee en ella un instrumento maravilloso para juzgar con acierto cosas y personas. No quiere esto decir—Dios me libre de ello—que no proceda en sus juicios por operaciones de su privilegiada inteligencia, ni aplicando el criterio de su bien equilibrada razón, no, lo que decimos es que merced a la íntima relación de todas nuestras facultades, y por una sustitución de la sensibilidad en el lugar de las otras, fenómeno frecuentísimo en los poetas,

que los hace videntes, el nuestro adquiere conocimientos acertadísimos de los hombres y de los sucesos, descubriendo, por rápida operación mental, lo falso y malo allí donde la fealdad hiere sus delicadas fibras, y lo verdadero, bueno y noble donde la belleza se armoniza con la organización artística».

No puede hacerse mejor una semblanza de Manuel Reina en menos renglones. En ellos está reflejado todo el espíritu inquieto del poeta; toda su alma inmensa, transparente y soñadora. Soñadora como su musa,—*eternamente enamorada y bella*—que quise yo reflejar en este soneto, que benévolamente fué acogido por el Maestro inolvidable:

Musa gentil, alegre como el día,
la sien de laurel rosa coronada,
inspira la genial mente inflamada
del vate de creadora fantasía.
Nació en la floreciente Andalucía,
es bella cual la luz de la alborada;
y dióle al trovador su arpa dorada
en cuyas cuerdas duerme la Poesía.
Es alada, risueña y soñadora
y ama al poeta—como adora el ave
al sol naciente, al despertar la aurora.—
Musa radiosa de cabellos de oro:
del arpa de tu bardo el ritmo suave
infunde en mi laud triste e insonoro.

Decíamos que desde muy joven se reveló verdadero poeta. En efecto. A los veinte años aparecía su primer libro «Andantes y Alegros», compuesto de treinta y nueve composiciones, al-



MANUEL REINA, a los 10 años de edad.

gunas de las cuales ya habían alcanzado éxito resonante en la prensa, como por ejemplo, las tituladas «La Música» y «La Vida», publicadas en «La Ilustración Española y Americana» y en «La Epoca», respectivamente.

Hay que notar que Reina comenzó a escribir en una época en que existían en España excelsos poetas y en que estaba en todo su apogeo la fama de Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, a los que seguían en renombre José Velarde y Manuel del Palacio y a pesar de esto, su brillante númen le hizo destacarse notablemente, y bien pronto consiguió la atención del público que vislumbró claramente a un lírico de gran porvenir, a una futura gloria de la literatura española.

Verdad que la poesía de Reina, como ya hemos indicado, desde sus preludios, desde sus primeros balbuceos, mostrábase con estilo propio, que en nada se parecía a los demás; ella era, sobre todo, algo selecto, escogido, no para el vulgo, que no habría de comprender esas exquisiteces y sublimidades, sino para paladares delicados; porque tenía la melodía de las canciones árabes y orientales y encerraba los secretos de todas las armonías rítmicas y la tersura de las estrofas griegas. Era, a un tiempo, clásica y moderna, pero siempre elevada y espiritual en el más alto sentido y siempre correcta y atildada, por lo que bien pronto despertó la admiración de los espíritus cultos que aman los refinamientos del arte, que se deleitaban en aquellas canciones tan lin-

das como ingénuamente sentidas, en las que ponía Reina pedazos de su alma.

Revilla, el insigne crítico, fué el primero que descubrió al gran poeta, en las páginas de su primer libro, cuya lectura le interesó vivamente, elogiándolo del modo más entusiasta. Reina—decía—parece herido solamente por el espectáculo de la naturaleza; es un adorador de la luz, en que se baña con voluptuosidad, encuentra bello el mundo... y, sin embargo, en esas rimas, para el que sabe atender a ellas, palpitan las tristezas de la vida, sentidas finísimamente, y acabamos por percibir, como un perfume, la gran melancolía de las cosas.—

Prologó su primera obra un literato prestigioso, D. José Salvador de Salvador, que saludaba la aparición del nuevo artista del verso con estas acertadas palabras: «Ciertamente se necesitan lozana imaginación, estilo brillante y abundante don especulativo para producir a los escasos cuatro lustros un libro de tan raras *y* complejas condiciones, que, sin salirse de las que hacen estimables y buenas a los más celebrados de la clase, tiene esa exuberancia de conceptos, de colores y de armonías; esa intención profunda y esa manifestación lujosa; ese fondo y esa forma en una palabra, que pocos poetas, logran reunir con tanta facilidad como el que celebramos: difícil facilidad que tanto elogia Hermosilla y recomienda Horacio en aquellos célebres versos de su *Epístola a los Pisones,* como una de las más al-

tas cualidades reveladoras del númen poético».

Yo también he recordado esa famosa «Epístola» al leer las composiciones de Reina, para quien parecen escritos los principales preceptos del célebre poeta latino. Recordad, si nó, los que la hayais leido, cuando en el precepto V decía: «Ni elocuencia ni orden esplendoroso faltará á aquel, por quien se eligiera materia según sus fuerzas» y en el VII expresaba: «Prudente y circunspecto en combinar las palabras, hablarás elegantemente, si la ingeniosa unión convirtiese la dicción antes conocida en otra nueva...»

En efecto: ¿Falta elocuencia y orden esplendoroso a nuestro poeta, cuando canta, por ejemplo a Dios y dice:

«El Dios en quién yo creo palpita en la conciencia,
Los sabios y los justos, sus sacerdotes son,
Los cielos y los mares publican su existencia,
El bien es su doctrina, su templo la creación»?

Y el precepto VII de Horacio encaja perfectamente en cualquiera otra poesía de Reina, pues ¿hay, acaso, combinación de palabras más acertada y nada más elegante que estas estrofas de su genial poesía «La Vida», una de las primeras que publicó y que le dió patente de poeta?:

"Veinte años.

Sueños de amor, de gloria y de placeres,
alegres y sonoras carcajadas,
ojos de fuego, seductoras formas,
gargantas de marfil, labios de grana,
almas azules, emociones bellas,

cielos mil de ilusiones y esperanzas,
amorosos suspiros, madrigales,
flores, bellezas, bailes, serenatas,
valor, nobleza, fé, galantería,
grandiosa inspiración, celestes arpas...
¡Edad preciosa, eterna primavera,
rica en placeres y en sublimes almas!

Treinta años.

Violenta sed de lujo y de riquezas,
dudas, excepticismos, risa amarga,
ilusiones marchitas, desencantos,
ojos opacos y facciones pálidas;
almas de hierro, mundos de ambiciones,
tibia alegría, flores deshojadas,
punzantes desengaños y pesares,
llantos por la hermosura que se escapa;
diamantes, perlas, rasos, terciopelos,
lánguida inspiración, arpas cansadas...
¡Terrible edad, espléndida en pasiones
y en negras dudas, torcedor de alma!

Sesenta años.

Sueños de paz, de vida y opulencia,
tristezas y recuerdos, dulces pláticas,
ojos hundidos, nítidos cabellos,
las formas y facciones descarnadas,
tesoros de bondad, cantos de cisne,
almas por el dolor despedazadas,
reminiscencias, lúgubres suspiros,
cuentos y besos mil para la infancia,
divino amor, infames amoríos,
rota la inspiración, mudas las arpas...
¡Esta es la edad, tan rica en elegias,
la edad de los dolores y las lágrimas!»

Hay que hacer notar, que esta composición, donde con tanto acierto describe las tres fases

de la vida, la hízo su autor cuando apenas había pasado de la primera, vislumbrando por tanto de maravillosa manera las otras dos.

Cualquiera de las dos composiciones transcritas hubiérale dado fama a Reina si nó hubiera escrito otras igualmente bellas en el mismo libro, que fué recibido por toda la crítica con unánime aplauso, pues, en verdad, no todos los días nacen príncipes—como decía el novelista Fernández y González de las grandes obras—y volúmenes como el de referencia no suelen publicarse ni aún por los que ya gozan de prestigio en el mundo literario y tienen una sólida reputación.

Destácanse en ambas poesías, como en las otras del libro, la brillantez en la dicción; la riqueza del lenguaje, donde no se nota la menor vulgaridad; la elegancia, en suma y sobre todo, la originalidad, que es, a nuestro juicio, lo más importante; pues no se advierte la más pequeña reminiscencia de lectura, ni la imitación más lejana; debiéndose tener en cuenta que Reina estudiaba todos los autores y estaba al tanto del movimiento literario de su época, como muy pocos; por lo que puede afirmarse que fué poeta «por derecho propio», sin recurrir a agenas fuentes como suelen hacer otros literatos que practican el ejemplo de la abeja: que se embriaga con el aroma de diversas flores y luego fabrica la miel, que es su producto propio. En él se completaba el pensamiento que escribió Núñez de Arce al hablar de la poesía, al decir «La poesía

para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive: no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea y siempre lo mismo».

Un año después de «Andantes y Alegros», el año de 1878, publicó su segundo libro: «Cromos y Acuarelas» y en el que ya la personalidad poética de su autor se destacaba vigorosamente, a pesar del poco tiempo transcurrido entre uno y otro volumen. Fué prologado por un literato entonces en boga y muy conocido en la República de las letras: Fernández Bremón, admirador sincero de Reina y para el que hizo un proemio bellísimo, donde demostraba estar compenetrado con el espíritu del artista lírico que estudiaba.

Así decía, después de reproducir varios fragmentos de la obra: «Cansada del prosaismo de la vida, siente el alma necesidad de refugiarse alguna vez en la lectura de estos libros en que los soñadores como Reina, nos transportan a otro mundo donde las hermosas bogan en bajeles nacarados, o se desvanecen al querer abrazarlas como la flotante niebla de los lagos; gusta oir al poeta pedir con entusiasmo su caballo de batalla para ondear la bandera de la patria, e internarse con él en las esferas ideales, pobladas de figuras poéticas y decoradas con todo el lujo de una imaginación derrochadora. Idear bellezas es la ocupación más noble del espíritu: así como el sol difunde su luz de cuerpo en cuerpo, distribuyen-

do calor y claridad, las irradiaciones luminosas del poeta se extienden de cerebro en cerebro como ráfaga de luz, esparciendo el fluido estético, alumbrando las imaginaciones obscuras y determinando en ellas inesperados resplandores».

Muy acertadamente supo interpretar Fernández Bremón la poesía de Reina. En esos renglones está todo el «yo poético» del genial lírico estudiado. Idear bellezas es la ocupación más noble del espíritu—dice el prologista—y eso hacía el prologado: idear bellezas, que solo una fantasía rica y exuberante como la suya «que tenía esplendideces de triunfante primavera» era capaz de formar con palabras adecuadas y precisas, que no son, ciertamente, las que emplean otros tejedores de rimas, sino otras más plenas de matices, irradiaciones y sonoridades.

Pero no solo era su labor idear bellezas; había una segunda parte esencial para que resultase cada obra perfecta, que consistía en escoger asuntos delicadísimos y expresarlos con delicadeza también, con la pasión de un orfebre enamorado de su arte. Por eso todas sus poesías dijérase que están hechas con aromas de flores escogidas en un jardín cultivado con especial esmero; y con rayos de sol, con espuma de los mares, y reflejos del cielo azul de Andalucía; con gorjeos de ruiseñores y matices de piedras preciosas, encerrando en todos esos motivos de poesía los pensamientos maravillosos de la imaginación vivísima y soñadora de un lírico oriental.

Así creo yo que están formadas las estrofas cegadoras de Reina y ¿con esos elementos de belleza, cómo no iba a crear obras geniales, de inestimable valor, un hombre de su talento?

Pero más que mi criterio, que en realidad solo es expresión de mi sentir, dirá al lector cualquiera de las páginas de «Cromos y Acuarelas» título, en verdad, que creemos muy adecuado, pues cromos o acuarelas son las poesías que integran las ciento cuarenta y cinco páginas del libro. Leyendo cualquiera de ellas se vé que no hay exageración alguna en los elogios que mereció. He aquí una, tomada al abrir *al azar* el tomo de referencia:

«Hermosa: ¿me preguntas
por qué los génios mueren tan temprano?
Porque el genio es la nube de oro y grana;
el trino de los pájaros;
el delicado aroma de las flores
y el fuego de los astros.
Y, cual la luz, la nota y el perfume,
brilla un instante y vuela a otros espacios.»

(Sin duda por esta razón, abandonó su autor el mundo, joven aún: a los 48 años de edad).

Dice Fernández Bremón en el citado prólogo que después de haberle leido Reina la *Introducción* poética de este libro, le preguntaba, dispuesto a suprimir esa página de su obra: «¿Resulta inmodesta la composición? ¿Parecerá soberbio que me declare yo poeta?»

A lo que contestóle el prologuista: «el verso admite a veces la licencia de manifestar franca-

mente la verdad entre ficciones accesorias: cuando usted dice en bellisimas estrofas

Soy poeta: al rumor de las naciones
las cuerdas de mi cítara se templan;
lloro en el negro mundo de las tumbas,
río en la bacanal, trueno en la guerra.
El amor y la patria son mi vida,
el corazón humano mi poema,
mi religión la caridad y el arte,
la libertad sublime mi bandera.

Es poeta, contestará el lector al concluir esas estrofas, ¿por qué no ha de decirlo? Si en vez de escritor fuera escribano, ¿tendría inconveniente en revelar su profesión? Más violento resulta, considerado friamente, que el gran poeta Zorrilla se llame en sus versos abeja, flor y pájaro, y justifica su ficción con versos de innegable dulzura, vistosos como ramas en flor y elevados como el vuelo de las águilas».

Después de saborear las estrofas de «Cromos y Acuarelas» comprendemos con cuanta razón se llamó Reina poeta en sus versos y comprendemos también estaba justificado el que se le dijese «lírico deslumbrante».

No fué, sin embargo, un escritor fecundo, de los que todos los días escriben y cada mes, valga la frase, publican un libro que, necesariamente, tiene que resultar deficientísimo. Nada de eso; escribía mucho menos que otros, pero todo lo que salía de su pluma era bueno. Meditaba cuanto hacía y aseguraríamos que no publicó nada hasta que no lo consideraba completamente

«acabado». Y demuestra esta observación el que desde 1878 no volvió a dar ningún libro hasta 1894 o sea diez y seis años después.

Verdad es que en este intervalo de tiempo, aunque no dió a la estampa ninguna producción, no por eso dejó de escribir buen número de poesías, con las que pensó hacer dos obras que luego no llegó a publicar, aunque fueron anunciadas. Nos referimos a «Adios a la Juventud» y «Noches Doradas». Lástima es que no aparecieran, pues esparcidas por periódicos y revistas de aquella época hemos visto muchas composiciones que luego no incluyó en sus posteriores libros, y las cuales nos ha parecido oportuno reproducir en un «Apéndice» de este estudio.

El 25 de Mayo de 1883, le fué estrenado en el Teatro Español de Madrid por la Srta. Calderón su monólogo en verso «El dedal de plata», que obtuvo un resonante éxito de público y prensa. El asunto es sencillo pero resulta interesantísimo por el atractivo que encierran los bellísimos versos que lo realzan, versos que regalan el oido con su agradable música.

La protagonista es una costurera que abandona su oficio para dedicarse al arte escénico, triunfando ante el público con el nombre «Rosa de Andalucía». Pero una enfermedad en los ojos la deja ciega y entonces tiene que abandonar el teatro. Abatida por su infortunio y enferma, pierde sus alegrías y todas sus satisfacciones y con ellas se aleja también su corte de adoradores.

Solo le queda el capital que pudo conseguir en la escena a costa de privaciones y sacrificios. En este trance de su vida evoca su pasado lleno de triunfos y esplendores y recuerda las joyas que le regalaron sus admiradores y que va citando una a una.

Así, exclama:

«¡Cuanto esplendor! ¡Cuanto brillo!
Guardo aquí todo un tesoro;
mas ninguna joya adoro
como este dedal sencillo.
Modesto dedal de plata
que esclarece mi conciencia
y mi hermosa adolescencia
ante mis ojos retrata.
El aviva en mi memoria
mi dulce ilusión primera,
mi vida de costurera,
mis días de paz y gloria.
Mi casa blanca y sencilla,
como alegre palomar,
y oliendo a puro azahar...
y mi adorada Sevilla».

Después hace una evocación de Sevilla, con sus noches bellas, sus rejas llenas de flores, sus paisajes, sus fuentes, su Giralda... y recuerda también a su novio de entonces, aprendiz de pintor, que fué quien le regaló el dedal:

«Tanto el pobre me quería
que en la compra del dedal
gastó todo el capital
que en aquel tiempo tenía».

Luego dice estos versos primorosos que reflejan—como un espejo—la fantasía de Reina:

«Aún me parece estar viendo
aquella verbena hermosa;
yo iba radiante y gozosa
aquella noche, luciendo
un vestido de percal
que a nardo y rosas olía,
y, que al andar yo, crujía
como lira de cristal».

¿Habeis visto que imagen más delicada?

A ningún poeta se le ha ocurrido comparar el crujido leve, ténue, de un vestido, con el sonido de una lira de cristal. Es preciosa esa idea, que solo la imaginación de Reina podía dictarla. Por algo su fantasía estaba siempre bañada por torrentes de luz del sol de su tierra cordobesa.

Evocando «Rosa de Andalucía» a su novio, el pobre muchacho honrado, y a su madre, a los que abandonó por su ambición de dinero y de lujo, dice estrofas hermosísimas que arrancaron al público una ovación enorme:

«Grande, inmenso es mi pesar,
mas por este horrible duelo,
aún tengo un dulce consuelo:
el de sentir y llorar.
. . . .
Por tí ¡oh dedal! brota el llanto
de mis apagados ojos;
tu mitigas mis enojos;
por eso te quiero tanto.
Tú eres mi muerta virtud
la hermosa paz de mi vida;
tú eres, en fin, mi perdida
y risueña juventud.»

No se podía sacar, ciertamente, más partido a

asunto tan sencillo como el de «El dedal de plata». Algunos autores no lo hubieran presentado ni con tan ricas galas ni tan pomposamente. Reina hizo una obra dramática y un poema al mismo tiempo; una novela y una poesía; una escena vulgar la trocó, en fin, en una página interesante, llena de emoción.

Incomprensible es que después de este éxito no volviera su autor a dar nada al teatro. Es posible que lo rehuyera por lo que representaba de lucro, pues sabido es que él amaba el arte puro y espiritual en todas sus manifestaciones, que por algo dijo un crítico que nuestro poeta vivía como las mariposas, con la luz, y que ellas le recompensaban esa atención enviándole entre sus rayos más brillantes los aplausos de las musas.

Por ese desinterés, era Reina un caso único en las letras a este respecto, puesto que colaboraba en cuantos periódicos y revistas lo requerían, sin admitir remuneración alguna. Acaso por eso no llegó a entregar a ninguna empresa—aunque le fué solicitado—un drama en tres actos y en verso [1] que tenía terminado y que le hubiera constituido un nuevo triunfo, pues así afirman cuantos lo conocen, que son algunos íntimos del poeta.

En 1882 fundó Reina en Madrid una revista literaria que tituló «La Diana» y, que a pesar de haber sido muy bien recibida por el público, solo apareció durante dos años. En ella colaboraron

(1) Titulado «El Collar de Brillantes», según nos asegura un amigo de Reina (N. del A.)

los más afamados literatos y poetas, entre ellos Núñez de Arce, Echegaray, Clarin, Cánovas del Castillo, Manuel del Palacio, Palacio Valdés, Mariano de Cavia, Ortega Munilla, etc., etc. El movimiento literario de aquella época se estudia perfectamente en las páginas de «La Diana», publicación de 16 páginas de gran tamaño, sin grabados, pero muy nutrida de lectura y la que mereció ser llamada por Fernanflor, aquel famoso cuentista, «La niña bonita de la prensa».

En ella demostró su director que si era un gran poeta al hacer versos, también era un excelente periodista al escribir en prosa. El artículo de fondo del primer número de «La Diana» es una prueba de ello. Después de saludar a la prensa con afectuosas palabras, traza el objeto de la publicación y dice: «*La Diana* no trae a la arena del combate ceñidas las armas de la contradicción política, como primer objeto de su fundación. Tampoco deriva su nombre de ningún atributo alegórico del bello astro de la noche, que desmayado resbala su pálida luz sobre la naturaleza aletargada. Asistimos, por el contrario a una brillante aurora, y al despertar al activo y alegre toque de «La Diana», salimos a combatir, en la medida de nuestras fuerzas, las nobles batallas de la esperanza, que el nuevo reinado de D. Alfonso XII y la nueva situación por él creada, convidan a librar en todas las esferas de la vida intelectual, política y civil...»

A distancia enorme se adivina que esa prosa

es de Reina. Firmada está por *la Redacción*, pero estamos seguros que fué escrita por el poeta, porque solo él podía escribirla de tan brillante manera.

En «La Diana» hizo una labor literaria muy provechosa; dió a conocer nuevas firmas que permanecían hasta entonces inéditas; insertó muchas nuevas composiciones suyas y publicó admirables traducciones de autores extranjeros, cuyos pensamientos enalteció con el irisado ropaje de su rima opulenta.

Para los que gustamos de la literatura selecta y escogida, esta ya antigua revista, tiene un valor extraordinario. Allí se conservan los mejores artículos y poesías de los maestros de las letras en el siglo XIX. Allí escribió Clarín sobre el Naturalismo; Ortega Munilla hizo notables semblanzas de Pérez Galdós, Tamayo y Baus y Núñez de Arce y allí escribió el ilustre cronista, hoy Académico de la Española, Mariano de Cavia, sus únicas poesías, pues no recordamos haber leido después otras del popular escritor.

No poco trabajo me costó el conocer la curiosa colección de «La Diana», por ser contadísimas las personas que la conservan. Yo la pude lograr en un viaje que hice a Puente Jenil en Abril de 1914 y merced a la amabilidad de un íntimo amigo de nuestro biografiado, D. Leocadio Santaella (q. e. p. d.), que me la ofreció, conociendo la devoción que siempre tuve por su inmortal paisano.

En aquella época de «La Diana», Reina tuvo una debilidad, que también habían tenido otros grandes poetas, como Núñez de Arce: la política. Como tantos otros escritores de valía, tuvo que rendirse ante esa diosa fascinante que ofrece más contrariedades que halagos; y el 19 de Mayo de 1886 fué proclamado diputado a Cortes por Montilla, jurando el cargo el 11 de Junio de aquel año. La política que, más tarde, fué su obsesión y creemos que también una rémora para su arte exquisito, le distrajo muchos años de su vida y le proporcionó no pocos sinsabores y disgustos.

Pero no fué Reina un político al estilo de muchos del día, que van al Parlamento con miras bastardas, con propósitos egoistas y especulativos. Nada de eso. Cuando él pedía la palabra era para algo elevado y noble, para tratar de un asunto de palpitante interés o para hacer algún bien, de los que el era pródigo en demasía, como es lógico en un gran corazón todo sentimiento, que, por algo, él había dicho:

«También en mi corazón
alas y notas resuenan;
es que dentro de mi pecho
un ruiseñor aletea».

Ese ruiseñor era, sin duda, el que le hacía presentar en el Congreso una proposición en favor de los niños pobres—acogida con general beneplácito—o un homenaje oficial en honor del autor del *Quijote;* y ese ruiseñor le hacía pedir tam-



MANUEL REINA, a los 20 años de edad.

bién un monumento para otro ruiseñor de la «Lírica Española», el insigne creador del «Idilio», Núñez de Arce; iniciativas todas que merecían el aplauso unánime de todos los diputados, entre los que figuraban Pérez Galdós que, segun cuentan, poco después de hablar Reina en favor de los pequeños desheredados de la fortuna, le mandó un retrato en cuya dedicatoria le enviaban besos de gratitud *Marianela* y *Celipin*.

Por eso decía un importante diario madrileño al ocuparse de su labor política: «Reina no ha prodigado su elocuencia, pero ha sabido ponerla a disposición de buenas causas» y terminaba «todos los representantes del país debían imitarle».

Ocupóse también, en el Congreso, de asuntos financieros y de instrucción pública, y sus hermosos discursos publicados en el *Diario de Sesiones* y en la prensa, demuestran que, además de un inmenso poeta, y además de un orador fácil y galano, era hombre que estudiaba bien los asuntos y ya compenetrado de ellos, los exponía con una claridad meridiana, que hacía despertar un interés vivísimo en la Cámara. Los asuntos financieros los trató de modo tan magistral, que D. Juan Francisco Camacho, célebre hacendista, al oirle hablar tan razonadamente de ellos, creyó que Reina era una eminencia en la vida mercantil y no perdía ocasión de conversar con él de esa árida materia, a la que prestaba el Sr. Camacho singular atención.

No tuvo nunca su distrito un defensor más en-

tusiasta ni más celoso de sus intereses. Reina, diputado, sabía cumplir con creces su obligación y su elocuente palabra llevaba el convencimiento a todos los ánimos; y, como cuando pedía algo para su pueblo era porque lo consideraba de justicia, sabía conseguir cuanto se proponía y esto llegaba a constituir para él una satisfacción tan grande como la que esperimentaba con sus éxitos de poeta.

Afiliado entonces al partido liberal que acaudillaba D. Práxedes Mateo Sagasta, quiso el Gobierno de este famoso político, premiarle sus merecimientos y cualidades, nombrándole Gobernador civil de Cádiz, pero Reina que entendía la política, como ya hemos dicho, de distinto modo que la mayoría de los profesionales de ella, rechazó con gratitud y dignamente el cargo de confianza que se le ofrecía tan expontáneamente y que tantos otros anhelaban y pretendían en aquellos momentos; del mismo modo que había rehusado la Gran Cruz de Isabel la Católica, ofrecida por el entonces Ministro de Estado.

En 1892, vacante el distrito de Lucena y celebrada elección parcial, en la que fué propuesto el nombre de Reina por sus amigos, obtuvo este, en reñida lucha de oposición contra el Candidato del Gobierno, una votación nutridísima, consecuencia de las simpatías con que contaba y de su actuación anterior en el Congreso, donde tan bien puesto había dejado su pabellón. Pero por malas artes intentaron arrebatarle este brillante

triunfo, que dió lugar a manifestaciones populares en su pueblo natal, sin distinción de clases.

En aquel tiempo ya había organizado admirablemente el partido liberal de su distrito, en el que él era la figura preeminente.

Reina pertenecía a la fracción liberal de Gamazo, siguiendo a este cuando tuvo la disidencia con Sagasta. Al morir Gamazo siguió como todos los amigos del ilustre hombre público al no menos ilustre D. Antonio Maura, en cuya política ostentó, por último, la representación en Cortes de Lucena.

Hacia el mes de Mayo de 1898 tomó asiento en el Senado, representando a Huelva, y el 18 de Junio de 1903 volvió al Congreso nuevamente, como Diputado por Lucena, según decimos en el párrafo anterior.

Durante la última etapa de su vida política trabajó mucho en favor de la clase obrera, con motivo de una gran crisis de trabajo que hubo en la provincia de Córdoba, obteniendo, gracias a sus esfuerzos, influencia e incesantes gestiones, del Gobierno, la construcción de algunas carreteras en Puente Jenil y Lucena. Doble mérito tenía este esfuerzo suyo, pues ya en aquella época encontrábase enfermo.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras le nombró, por unanimidad, Académico Correspondiente en sesión celebrada por dicha Corporación el 28 de Junio de 1895 y en 1.º de Julio del mismo año le eligió también Correspondien-

te la «Academia de Ciencias y Bellas Letras» de la República de El Salvador.

Pero más que todos estos homenajes a su talento, le halagó el que le tributó su pueblo natal, Puente Jenil, después de su segunda lucha electoral. Fué aquella una manifestación tan grande como expontánea, en que todo el pueblo tomó parte, sin distinción de clases sociales ni partidos. Y como se organizó rápidamente y representó todo el cariño y la simpatía de su tierra amada, ella le compensó de los sinsabores que llevaba sufridos en su vida política.

En 1894 publicó Reina una de sus más famosas obras: «La Vida Inquieta», con una carta autógrafo de Núñez de Arce, en la que el glorioso autor de «El Vértigo» decía entre otras cosas de su prologado: «Quien como V. según observó atinadamente el malogrado Revilla al hacer la crítica de sus primeros ensayos, posee en grado sumo el don de reflejar en su poesía, a la manera con que el mar refleja la profunda claridad de los cielos, la luz de la espléndida tierra andaluza en que ha nacido, cuya diáfana transparencia todo lo anima, colora, hermosea y abrillanta, no ha menester de elogios, que por ser mios podrían parecer interesados, para resplandecer como estrella de primera magnitud, en el infinito espacio del arte».

Fué, sin duda, «La Vida Inquieta» uno de los mejores libros de Reina; en él se encuentra ya al «poeta hecho», sin titubeos, ni vacilaciones,

con estilo propio marcadísimo y mayor riqueza en el léxico. Es una obra «definitiva», inimitable, que pudiéramos decir estaba formada con lumbres y colores y que quedará entre las mejores escritas en el siglo XIX, pues dentro de lo humano creemos es de lo más perfecto que se ha hecho en poesía. Corresponden los asuntos escogidos a las palabras, encajando en las composiciones perfectamente el VII precepto de Horacio que citamos al principio de estas páginas. Difícil sería saber entre todas cual es lo mejor del volumen. Todas ellas en conjunto y cada una aislada tienen mérito bastante y yo no sabría señalar cual le sobrepuja en belleza lírica. Pero hay una, a pesar de ello, que encierra para mí un mérito extraordinario, pues en ella han aprendido y aprenden a leer los niños de las escuelas de Puente Jenil. Nos referimos a la que lleva por nombre «La Canción de mi pueblo», digna por su mérito relevante de figurar en todas las Antologías Españolas, pues puede servir de modelo.

Leed:

«Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
y del Jenil radiante mi pueblo delicioso
se baña en la onda inquieta.

Mi pueblo está cercado de huertas y olivares,
de viñas y jardines;
sus blancos campanarios semejan palomares;
y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
el pájaro canoro,
la cincelada torre, la reja floreciente
y el vino generoso, el vino reluciente
que lanza rayos de oro.

Es un verjel soñado, feliz nido de amores
mi pueblo dulce y bello:
poblado está de notas, perfumes y colores,
de pechos entusiastas y rostros seductores
de mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
mas ¡ay! que en su brillante regazo delicioso
hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
el alma del poeta.»

En esta última estrofa refleja la melancolía que dejó en su alma los sinsabores de su vida y sobre todo la muerte de su amada esposa, cuyo recuerdo jamás se apartó de su memoria. Bien lo demostró en su Epístola a un amigo cuando decia:

«.................la campana
del funeral de mi adorada esposa,
¡por mi, también por mi, doblaba a muerto!»

Y después de leer esa poesía, «La canción de mi pueblo», rebosante de sentimentalismo y ternura, que debía perpetuarse en letras de oro por su mérito excepcional, pregunto yo a los lectores: ¿Habeis saboreado algo más delicado, sugestivo y encantador? ¿Hay, acaso, entre las más galanas composiciones de nuestro Parnaso, alguna que la supere en inspiración, brillantez y sentimiento?

No; seguramente que no; es una joya poética que únicamente puede compararse, a mi juicio, con las más escogidas de Reina.

Además hay en «La Vida Inquieta» otras dignas, así mismo, de mención, en primer término, y son: «A mi Musa», «A un poeta», «Byron en la bacanal», «La legión sagrada», «El carnaval de Venecia», «La diosa de la Alhambra», «Ultima primavera del poeta», «La fiesta del Corpus», «Desde el campo» y «Desde la Corte», sátira finísima en verso libre, donde retrata sinceramente sus impresiones de Madrid y en la que hay estrofas tan hermosas como esta:

«...................Madrid sonríe
en las serenas azuladas tardes
de la estación feliz.—Arrebatado
por tantos esplendores y atractivos,
salíme ayer a disfrutar los goces
que en rutilante copa nos ofrece
la tentadora capital.—Las calles
a la lumbre del sol resplandecían,
y alegre, inmenso, bullidor gentío
por ellas avanzaba presuroso,
en una misma dirección.
—¿A donde
me pregunté—de júbilo vá henchida
esta ruidosa y varia muchedumbre?
¿A celebrar acaso algun suceso,
magnífico blasón de nuestra historia?
¿A coronar la frente de algún sabio
insigne o de un artista esclarecido?
¿A recibir tal vez a algún guerrero,
que a la patria salvó de extraño yugo?
—No; esa gran multitud iba ¡a los toros!

como en la negra edad abominable
que marcó con el rayo de su ira
el ínclito y valiente Jovellanos».

Si fuéramos a trasladar aquí todos los juicios encomiásticos que se publicaron en la prensa acerca de este libro, necesitaríamos tanto espacio como páginas tiene mi trabajo, pero basta con decir que un crítico tan exigente como el P. Blanco García dijo de el que era «maravilla de arte y de inspiración». El ilustre D. Victor Balaguer, lo calificó de «libro de oro» añadiendo que venía «a afirmar su reputación y a colocarlo entre los primeros y los escogidos» y terminaba «nuestros plácemes más sinceros a Manuel Reina que ha bajado a la arena para ceñirse la corona de los triunfadores».

Clarin, que hilaba tan delgado en materia literaria, tuvo, así mismo, para ese libro, palabras de admiración y alabanzas sinceras en un extenso artículo publicado en la «Ilustración Ibérica» de 9 de Febrero de 1895 en el que decía entre otras cosas: «Reina es moderno, modernísimo en sus versos, pero sin ceñirse a esta o la otra manera colegiada que proclama este o el otro partido, de esos que hoy luchan en las letras con no menos e ineficaz ardor y exclusivismo que los bandos políticos. Esta ausencia de amaneramiento, de imitación servil, de exageración y afán de novedad y rareza, es en el conjunto de la obra de Reina como una idiosincrasia de noble serenidad. Tales cualidades bien se notan en el último

libro del poeta andaluz, titulado «La Vida Inquieta», volumen pulquérrimo en cuerpo y en alma, en que se siguen las buenas tradiciones de la musa española sin llenarla de cascabeles piés y manos, para que produzca gran estrépito en cuanto se mueva. La dicción siempre es noble; el lenguaje poético, digno de su objeto, la sintaxis correcta; las imágenes propias; y jamás se pone el estro en pugna con la lógica».

Así se expresaba *Clarín,* el temido crítico, que tan exigente estuvo siempre hasta con el propio Núñez de Arce, que podía tomarse como maestro indiscutible. Y si el mismo D. Leopoldo Alas habló tan encomiásticamente de «La Vida Inquieta» no será exagerado cuanto anteriormente hemos expuesto, al decir que figurará entre los mejores libros del siglo XIX. Manuel del Palacio también le dedicó un elogio en verso en un diario madrileño, en el que decía entre otras cosas:

«Con su libro, que es muy bello,
como todos pueden ver,
ha puesto a su gloria el sello
que en España ya es poner».

En términos encomiásticos, análogos, se expresaron otros ilustres escritores, como Llorente, Sellés, Francos Rodríguez, Herrero y Castillo Soriano, que llamó a Reina «Fortuny de la poesía» agregando «apenas se abre el libro, parece que se abren de par en par las ventanas del cerrado pabellón de hermosísimo jardin andaluz, en espléndida mañana de sol: la vista se deslumbra

en oceanos de luz, se llena de armonías el oído, de perfumes el aire, el corazón de vida y el pensamiento de fantasías orientales». D. Francisco Rodríguez Marín, el gran polígrafo, hoy Director de la Biblioteca Nacional, que tuvo elogios sin límite para «La Vida Inquieta» hizo un viaje el 3 de Enero de 1895 a Puente Jenil, expresamente para conocer a Manuel Reina, a quien dedicó el siguiente soneto:

«A conocerte vengo, que admirarte
cosa es añeja en mí: tus versos de oro
y el de tu inspiración rico tesoro
a tenerme cautivo fueron parte.
Vengo a más: porque ansio preguntarte
dó está la fuente de raudal sonoro
con cuya linfa el apolíneo coro,
en señal de su amor, suele brindarte.
Pues tu bondad a tu saber iguala,
dime donde hallar puede tu poesía
los aromas suavísimos que exhala.
Dime, en fin, por qué oculta hechicería
fulgura en tus estrofas por más gala
el espléndido sol de Andalucía».

Un año después de «La Vida Inquieta» publicó Reina un delicadísimo poema: «La Canción de las Estrellas», que dedicó a Puente Jenil «en prueba de cariño entrañable y profunda gratitud» y que está en la memoria de todos sus paisanos. ¿Porque, cómo olvidar a su protagonista, Blanca, aquella niña feliz, de cuerpo virginal, gallardo, que ostenta la airosa curva y contorno puro de ánfora griega y en cuyos ojos celestes

«luce el fulgor sereno de los astros»?

Es un poema del cual Reina podía fácilmente haber hecho otro monólogo análogo a «El Dedal de plata» y que, como este, hubiese sido aplaudido por el públíco, ya que su final, trágico y sentimental, es muy propio del arte escénico.

Fué también muy bien acogido por la crítica; y al siguiente año, 1896, aparecieron los «Poemas Paganos». Estos son tres: «La ceguedad de las turbas», «El poema de las lágrimas» y «El crimen de Héctor».

«La ceguedad de las turbas» está inspirado en un cuento en prosa de Villiers de L' Isle Adam titulado «Impaciencia de la multitud». En este hermoso poema—dice un escritor—se pinta con entonación grandilocuente y con la riqueza de color que es característica en la manera poética de Reina, la ansiedad de la gente de Esparta a causa de los rumores llegados hasta ella de la derrota y muerte de los espartanos que, al mando de Leónidas, habían marchado a defender las Termópilas.

Es un asunto que se presta a ser desarrollado en un poema, como este, vibrante y lleno de colores y matices.

«El poema de las lágrimas», nos parece superior al anterior por varios conceptos, sin restarle por eso mérito alguno a «La ceguedad de las turbas». Consta de cinco sonetos bellísimos, en los que se canta a una blanca y fascinadora beldad de claros ojos y «risa más alegre que la aurora», la que caminando por un jardín ve pren-

derse su falda a la rama de un rosal, que se estremece de placer acariciando a la hermosa.

El pensamiento es delicadísimo y en extremo poético, digno de la pluma del más excelso de los trovadores árabes. En él palpita la sensibilidad exquisita de su autor. Luego, al desprenderse la beldad, del rosal, llueven pétalos rojos y aquí el artista lírico ha encontrado un símil lindísimo, pues dice:

«Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama».

No cabe, pues, decir más, en catorce versos, ni al pensamiento puede dársele final más adecuado para redondearlo.

En el segundo soneto aparece la hermosa saliendo del mar, como una ondina, y ante su desnudez espléndida, se enciende todo «en gentílico amor», el sol le dá besos de oro y el mar vierte amargo lloro a sus piés...

En el tercer soneto la hermosa llega a un arroyo; llena un vaso en la corriente y al rozarlo su labio tiembla el vaso feliz y el sol y el campo reflejan su alegría. Ya aplacada la sed, abandona el vaso la beldad y entonces este tórnase triste y por él se desliza una lágrima...

En el penúltimo soneto aparece la hermosa en una bella noche, vestida de encajes, raso y flores, llevando un collar de perlas. Acércase el galán que la adora y, al oprimirla en un abrazo de pasión, cae roto el collar, y

«en lágrimas radiantes se desata».

Por último, el quinto soneto que es el complemento de este poema—que está basado en la locución latina *Sunt lácrimæ rérum* (hasta las cosas lloran)—es hermosísimo y no vacilamos en reproducirlo:

«Vierte el mustio rosal llanto encendido;
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar y estalla su rugido.
Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estatua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.
Todo tiene una lágrima o lamento.
Todo... ménos la bella seductora,
causa de tanto mal y hondo tormento,
que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde a los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora».

En el tercer poema «El crimen de Héctor», aparece la Roma pagana, donde un poeta joven, Héctor, es víctima del Emperador Nerón que le ocasiona la muerte por la envidia que le produce ver a aquel artista aclamado por su númen maravilloso, al que el César quiso rivalizar. Hay en este poema estrofas sublimes como estas, en que invita Nerón a Héctor a que recite sus versos:

«Levántate y recita tu primero—
dijo Nerón. Las risas se apagaron,
sistros, flautas y crótalos callaron,
y del labio del joven altanero
brotó un himno sublime y esplendente,
arrebatado, al férvido torrente
de plata y luz donde bebiera Homero:

himno cuyas estrofas de cristales
encerraban las músicas sonoras
de todos los parleros manantiales,
los perfumes de todos los rosales
y los rayos de todas las auroras.»

El epílogo es una página radiante de belleza. Héctor, que había sido llevado a una mazmorra por orden de Nerón, es condenado a luchar en el Circo Romano con un león que «fija sus grandes ojos de topacio en el mancebo condenado a muerte».

Le acomete luego, se enrosca al cuello de su víctima y lo aprieta hasta que rueda sin vida...

Termina así el epílogo:

«La multitud entonces, asombrada,
contempla con estúpida mirada
a olímpica beldad de tersa frente
y cincelado cuerpo de matrona,
que, ostentando en su mano transparente
de inmarchito laurel una corona,
desciende, en actitud grave y serena,
del vasto Circo a la candente arena:
se inclina triste hacia el cadáver yerto,
lo corona de lauros triunfadores
y dá en el rostro pálido del muerto
un beso todo amor, todo esplendores.»

Entre los elogios que mereció «Poemas Paganos», recordamos uno de aquel ingenioso escritor, redactor de *El Liberal* de Madrid, Felipe Pérez y González, que publicó en dicho diario y que decía:

«Manuel Reina prueba a todos
con sus tres «Poemas Paganos»,

que Manuel Reina... y gobierna
como rey en el Parnaso.»

Barcelona Cómica, aquella revista ilustrada, una de las primeras en su clase, que dirigió el conocido literato D. Carlos Ossorio y Gallardo, publicó la caricatura que aparece en este mismo estudio y en la que se leía al pié estos cuatro ingeniosos versos:

«Este es D. Manuel Reina,
poeta sin igual,
que cada verso suyo
equivale a un caudal.»

«Rayo de Sol» titúlase el poema que un año más tarde publicó Reina, animado por el éxito que alcanzaron los anteriores.

En él se describe la historia de una niña pobre y huérfana a quien llaman «Rayo de Sol», por la belleza de sus ojos y sus cabellos brilladores. Es protegida de una reina romántica e impudente que termina por quitar a su protegida el cariño de su amado. «Rayo de Sol», aunque sufre la tortura de su decepción, por no disgustar a su augusta protectora, pretende olvidar, aunque inútilmente, al galán, que en una fiesta orgiástica enseña el retrato de la reina y se burla de ella. Enterada ésta de la infamante burla, se venga de él clavándole un puñal. Y no derrama una lágrima esa mujer infiel y procaz y en cambio «Rayo de Sol», llora inconsolable.

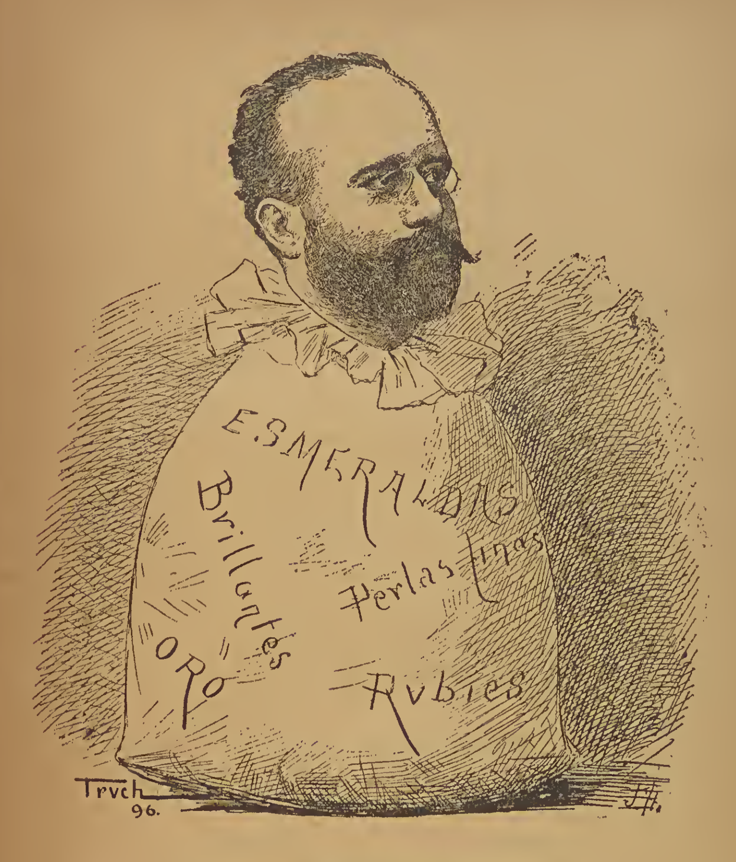
¡Felices los que lloran—dice el poeta—que los corazones privados del llanto son estériles de-

siertos que solo engendran larvas y serpientes!

El final del poema—como «La Canción de las Estrellas»—es eminentemente trágico. El marido de aquella dama pide la muerte de ella, que ha deshonrado su nombre. Y cuando una turba imponente se dirige al palacio para cumplir la cruel sentencia, «Rayo de Sol» corre a salvar a su protectora, arriesgando su propia vida, a pesar del triste recuerdo que conserva de la reina. Esta, que se encuentra sumida en el mayor abatimiento, logra escapar. «Rayo de Sol» cierra enseguida la puerta, por donde ha de intentar entrar la muchedumbre sedienta de venganza, y en las dos armellas encaja su brazo a guisa de palanca. Y así espera la terrible acometida de la furiosa gente. El instante aquel es verdaderamente dramático.

Momentos después, se escuchan las voces del gentío, que en formidable empuje hace crujir la puerta, que se derrumba sobre «Rayo de Sol». Es un asunto como veis valiente, atrevido y de gran interés, que tiene una aparente moraleja: la gratitud de «Rayo de Sol» que se sobrepone al mal que le hiciese su protectora.

La segunda parte del libro titúlase «Poesías Bélicas»; la dedicó el autor a sus hijos y contiene siete composiciones: «Sangre y oro», (consagrada a cantar a España y su bandera); «La Canción de la Espada», vibrante composición llena de hermosos pensamientos patrióticos; «El Bandolín y el Tambor» (apólogo); «La muerte del Héroe»,



Caricatura de MANUEL REINA,
publicada en el núm. 22 de *Barcelona Cómica*,
de 30 de Mayo de 1896.

(Página 47).

lindísimo soneto que mereció los honores de ser traducido al italiano por el escritor Italo Vittorio Brussa; «La Nación Guerrera», en la que se evoca el heroismo de los soldados españoles, con imágenes valientes y adecuadas; «El Soldado a su madre», que lleva de subtítulo «Canción de Noche-buena» y que simboliza la carta que escribe un heróico defensor de la patria en plena campaña; y «A José J. Herrero», epístola en verso, con motivo de la publicación de una obra de este poeta.

De las siete poesías sobresale, a nuestro juicio, «La Canción de la Espada», escrita en el mismo metro que «La Canción de mi pueblo», ya citada al hablar del libro de Reina «La Vida Inquieta». Son seis estrofas deslumbradoras. Leed:

«¡Salió ya de la funda, con ira vengadora,
mi recia y noble espada!
¡Ya en el combate vibra, de España servidora,
y al sol de las batallas reluce brilladora
como una llamarada!

—

¡Jamás mi fuerte espada será rota en pedazos!
¡Jamás conoció el miedo!
Se burla de peligros y traicioneros lazos;
¡que fué su hoja valiente labrada a martillazos
en la imperial Toledo!

—

¡Que valen, firme espada, los vivos resplandores
de las pupilas bellas
al lado de tus lumbres y espléndidos fulgores
si al son de los clarines y bélicos tambores
magnífica destellas!

—

Mi espada el honor patrio defiende, no mi vida;
y muéstrase orgullosa
cuando ante el fiero estrago de lid enfurecida
elévase en los aires, de púrpura vestida,
¡cual reina victoriosa!

—

¡Oh, espada, fiel amante querida compañera,
si la contraria suerte
hiriese con sus tiros a la Nación guerrera
y en manos enemigas cayese su bandera,
tu me darás la muerte!»

La tercera parte del libro la componen diez sonetos, terminando el volumen con una canción a «Las Viñas», que es un cuadro de luz y color, propio de un artista como Reina, a quien pudiéramos llamar el poeta de la luz y de los matices.

Entre los sonetos se destacan los de «La Rosa y el Ruiseñor» (cuento oriental) en los que se canta a la rosa, emperatriz de la hermosura, que, en la alborada del mundo, fué más blanca que la azucena,

«pero Adán fijó en ella la mirada
y, palpitante y de rubores llena,
la blanca rosa se volvió encarnada.»

En el segundo soneto, que completa la idea, altamente poética y sugestiva, se evoca al ruiseñor, que, enamorado de la rosa, lanza su canción de amores, desoida por la amada inconstante que, en cambio, recibe los besos de la luna...

Es un pensamiento delicadísimo, de los que no se olvida nunca, pues dejan en la memoria una huella luminosa llena de melodía.

El soneto «Lección Poética» no tiene prece-

dente. Es originalísimo y merece citarse entre las filigranas de Manuel Reina. Dice así:

«Nació el idilio de serena frente
y rostro juvenil, que el sol colora,
a la orilla de fuente bullidora
que engalana un rosal resplandeciente;

la dulce Anacreóntica rïente,
de la espuma del vino embriagadora,
y la Egloga feliz, con faz de aurora,
en el seno de un bosque floreciente.

la pálida Elegía—tierno y puro
corazón desgarrado por abrojos—
surgió de un sáuce entre el ramaje obscuro;

el Madrigal en frescos labios rojos,
y al borde del troyano roto muro,
la Epopeya marcial de fieros ojos.»

Uno de esos espíritus avisados que tienen siempre preparado el escalpelo para poner defectos hasta a las obras más completas, podría señalar uno en este soneto: el penúltimo verso que no tiene la tersura de los anteriores a causa de la transposición, que desde luego está admitida en los cánones de la Preceptiva, pero que, lejos de ser defecto, lo creemos una acertada figura retórica que se aparta de lo vulgar. Si Reina, que pulía el verso hasta la exageración, como ya lo hemos demostrado, hubiera encontrado ese verso «duro» lo hubiera sustituido fácilmente, que recursos les sobraban para ello con su poderosa fantasía y su oido refinadísimo. Un ejemplo de esto que decimos es el precioso soneto «El Bajel del Arte» que, con mucho menos motivo, re-

formó notablemente, pues apareció inserto en «Blanco y Negro» en esta forma:

«Desplegando flotantes banderolas
y velamen azul, bajel sonoro
con casco de marfil y remos de oro,
hiende triunfal las transparentes olas.

Presta al bajel radiantes aureolas
el sol con su lumínico tesoro,
y de las musas el divino coro
canta en la nave alegres barcarolas.

El Genio rema al pié de las beldades
orgulloso y feliz. De pronto truenan
sobre la mar furiosas tempestades.

Rueda al fondo del barco el Genio herido...
Mas después que los cielos se serenan,
¡se alza en mármol o en bronce convertido!»

Y poco después me lo enviaba a mí, así:

«Desplegando celestes banderolas
y vela carmesí, nave dorada
de Musas y de Ondinas coronada,
surca triunfal las transparentes olas.

Presta al bajel radiantes aureolas
la lumbre de magnífica alborada,
y con voz seductora y regalada
cantan las Musas bellas barcarolas.

El Genio rema al pié de las deidades,
orgulloso y feliz... De pronto truenan
sobre la mar furiosas tempestades...

Naufraga el Genio y muere en el olvido;
mas después que los cielos se serenan,
¡yérguese en bronce o mármol, convertido.»

Indudablemente, aunque no precisaba esa variación, ganó con ella, demostrando una vez más,

que era Reina un gran burilador del verso, verdadero artífice de la rima, a quien hubiéramos podido llamar, de admitir comparaciones, el *Leconte de Lisle* español. Este ejemplo demuestra, mejor que nada, su ansia de perfeccionamiento y tambien que era un virtuoso del arte, al que consagraba un amor y afán sin límites. Opinaba, al revés que el ilustre Balart acerca de la corrección de los versos. Por eso, en él no tenía aplicación aquella estrofa del sentimental autor de «Dolores»:

«La corrección mezquina, meticulosa,
que los versos, a veces, convierte en prosa,
si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quien corrije, quien pule la estalactita?»

Reina hacía su corrección meticulosa pero en él ocurría todo lo contrario de lo que dice Balart. ¡El dejaba en sus versos la tersura de los mármoles de Pharos!

En Abril de 1899 publicó la que pudiéramos llamar su *gran obra maestra*, su libro más importante, si bien es verdad que desde la aparición de «La Canción de las Estrellas» ya se le podía llamar «Maestro» y «Elegido de las Musas».

Nos referimos al volumen «El Jardín de los Poetas» en el que canta Reina a sus líricos predilectos en composiciones llenas de galanuras, verdaderas joyas del arte lírico, algunas escritas en los mismos metros que usaron aquellos, como por ejemplo, a Jorge Manrique lo evoca en *coplas de pié quebrado* que nos traen a la memoria

las que dedicaba este al «Maestro D. Rodrigo tan famoso y tan valiente» y en las que resalta el espíritu del cantor inmortal, sobre todo cuando dice:

«Espejo es de la bravura,
del asalto en los furores
y en torneos,
y consagra a una hermosura
sus endechas, sus amores
y trofeos.»

Hacer un análisis detallado de esta obra que consideramos la más importante entre todas las que publicó, sería una tarea larguísima y precisaría reproducir no pocos de estos himnos completos, pues no es fácil escojer en un verjel donde todas las flores son bellísimas y a cual más vistosas; que por algo dijo de él un distinguido literato que «para comprenderlo y admirarlo habría que saborear sus producciones; sin conocerlas cualquier frase podría conceptuarse como elogio; conociéndolas... todos los elogios resultan pálidos y mezquinos ante la realidad, pues son como el sol y como el mar y como todo lo grande». Consideramos, se destacan entre todos, los cantos consagrados a Homero, Virgilio, Kalidasa, Musset, Goethe, Garcilaso y Espronceda, en los que demuestra que conocía muy a fondo a estos poetas y que estaba muy compenetrado con sus espíritus. Muchos de ellos fueron traducidos a distintos idiomas.

La publicación de «El Jardín de los Poetas» proporcionó a Reina muchas satisfacciones, pues

vió coronada por el triunfo del éxito más absoluto e indiscutible su trabajo paciente de muchos meses. Era, hacía tiempo, deseo suyo lanzar al mundo literario este libro, que imaginó sin duda, después de incluir en «La Vida Inquieta» las siluetas de otros autores célebres: Horacio, Byron, Heine, Poe, etc. Pero en su afán de no dar nada a la imprenta sin que estuviera «acabadísimo» aplazó la publicación de «El Jardin de los Poetas» algunos años, hasta que lo encontró a su gusto, a la perfección.

Esta obra obtuvo unánimes elogios de altas personalidades en la literatura y el periodismo. Mariano de Cavia, en «El Imparcial», en uno de sus célebres «despachos del otro mundo» le dedicó estas líneas:

«Tengo un hermano y a su pluma de oro
mis pinceles se rinden.
Si yó pinté el jardin de los poetas,
Manuel Reina lo escribe.

Fortuny.»

Aun recordamos, entre los muchos juicios críticos que aparecieron en aquella época, referentes a esa producción, uno del celebrado poeta centro-americano Rubén Darío, que coincidió con Cavia, al llamar a nuestro biografiado Fortuny de la poesía. Decía: «Manuel Reina ha logrado recientemente un triunfo con su «Jardin de los Poetas.» Lírico de penacho, en color un Fortuny. Ha llamado la atención desde ha largo tiempo, por su apartamiento del universal encasillado

académico, hasta hace poco reinante en estas regiones. Su adjetivación variada, su bizarría de rimador, su imaginativa de hábiles decoraciones, su pompa extraña entre los uniformes tradicionales, le dieron un puesto aparte, alto puesto merecido.»

Era este un juicio exacto, atinadísimo, en el que se hacía resaltar la modestia de Reina, rehuyendo a entrar en la Academia Española, a ocupar el lugar que, por derecho propio, le pertenecía. Pero él era así, como le pinta Rubén Darío y, acaso, esa excesiva modestia y ese apartamiento le perjudicó bastante, aunque él como cultivaba el arte por temperamento, porque era una necesidad en él exteriorizar sus ideas y su modo de sentir la belleza, no le interesaban ciertos galardones, que otros escritores, ávidos de renombre, solicitan. Nadie mejor que en él, aquellos versos suyos:

> «...Mas la estatua impasible ante su puesto,
> sin cambiar la actitud ni la mirada.
> ¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
> siempre, blanco de envidias o alabanzas,
> impávido, sereno y arrogante,
> sobre la muchedumbre se levanta!»

Reina que—como acertadamenta había dicho Felipe Pérez y Gonzalez—reinaba y gobernaba como rey en el Parnaso, a pesar de poseer considerable fortuna, era enemigo de la ostentación y del lujo extremado. Mostrábase en su vida tan frugal como modesto. Por eso le contrarió mu-

cho que un periódico madrileño al hablar de él y de su arte dijera que «vivía como un Nabab.» En lo que sí gastaba mucho dinero era en libros y en obras de arte. Hasta en eso era poeta.

Yo que he estado en su palacio—que tal podía llamarse—de Campo Real, donde el gran Maestro escribió la mayor parte de su labor, puedo hablar con fundamento de lo artista que era Manuel Reina hasta en los más pequeños detalles. Hasta sus caprichos y obsesiones eran de artista refinadísimo. Así, con paciencia admirable, fué rebuscando entre su numerosa correspondencia, cartas y escritos de hombres célebres, que luego mandó colocar en grandes cuadros, formando una bellísima y curiosa mesa revuelta. Puso en un lado los autógrafos españoles y en otro los extranjeros y sería prolijo citar nombres. Basta con decir que no falta ninguna de las firmas gloriosas contemporáneas de Reina.

En otro artístico cuadro he visto los retratos de *Fernanflor, Manuel del Palacio* y *Mariano de Cavia,* con afectuosas dedicatorias. En la fotografía de Cavia, aparece este con una copa de vino en la mano y se leen las siguientes líneas: «¡Vaya por Manuel Reina, y por su Musa siempre fecunda, fresca y rozagante!»

También en su mismo despacho estaban—y aún se conservan, según he podido ver en reciente viaje hecho a Campo Real (1) expresamen-

(1) Campo Real era, como es sabido, el lugar preferido por Reina. Está a una hora escasa de Puente Jenil. Allí concibió la mayor par-

te para tomar apuntes con destino a este trabajo—en un lujoso marco, las plumas con que Menéndez Pelayo, Núñez de Arce, Sellés, Pérez Galdós y Balaguer escribieron sus más célebres obras. A las plumas, con sus respectivos portaplumas, acompañan las siguientes dedicatorias, que reproducimos a título de curiosidad:

«A mi muy querido amigo el excelente poeta don Manuel Reina, insignificante *recuerdo de M. Menéndez y Pelayo.*»

—

«Sr. D. Manuel Reina.

Mi queridísimo amigo: Tengo el gusto de entregar a Vd. ya que se empeña en poseer tan poca cosa, como recuerdo mío, una vieja pluma conservada por mi mujer, con la cual escribí *La Visión de Fray Martín.*

Suyo apasionado, *G. Núñez de Arce.*

4-Noviembre-1900.»

—

«Santander 15 Octubre de 1900.

Mi querido Reina: Me honra mucho tu deseo de incluir algo mío en tu colección de *herramientas de trabajo intelectual.* La pluma que te mando ha sido la de batalla en los días que corren: después de escribir con ella *Los Ayacuchos* y *Bodas Reales,* la doy de baja trazando en esta

---

te de su labor brillante y escogida. Por eso el autor de este estudio, antes de darlo a la imprenta, quiso visitar aquel lugar. Fuí a Campo Real el 2 de Abril de este año de 1916, acompañado del hijo mayor del poeta, que lleva su mismo nombre, y cuyas atenciones y deferencias nunca sabré agradecer bastante.

carta la expresión de la cariñosa amistad y sincera admiración de tu buen amigo y compañero, *B. Pérez Galdós.*»

—

«Excmo. Sr. D. Manuel Reina.

Querido amigo: Envío a Vd. como recuerdo de nuestro cariño, esa pluma vieja y pobre con la cual he escrito varias obras mías y entre ellas *El Nudo Gordiano.* Tiene, pues, su historia y su estima para mí y los que me quieren.

Siempre suyo amigo del alma y compañero que le abraza, *Eugenio Sellés.*»

—

«Sr. D. Manuel Reina.

Cediendo a sus generosos deseos, mi insigne poeta y amigo, envío a Vd. la pobrecita pluma con que escribí *Los Pirineos,* pluma humilde y nada merecedora por cierto del honor que Vd. le dispensa, con esa nobleza de alma.

Siempre suyo admirador y amigo, *Víctor Balaguer.*

Madrid, 21 Noviembre de 1900.»

—

Un literato, también cordobés, M. R. Blanco Belmonte, en una revista de Madrid hablaba de un viaje que hizo a Puente Jenil, también expresamente para visitar a Manuel Reina y decía, después de elogiar la obra literaria del Maestro: «Para saber quien es Manuel Reina basta y sobra con saber donde vive y como vive. El palacio-estudio de Campo Real es museo y bibliote-

ca, jardín y casa de recreo, a un tiempo mismo. Su dueño estudia y sigue de cerca el movimiento literario, y de Madrid, de París y de Roma los mejores libreros envían a Campo Real todas cuantas obras de algún interés aparecen en los escaparates; de la riqueza de la colección dá idea el hecho de que no pocos *inmortales* acuden a ella desde Madrid pidiendo préstamos de libros. La *pinacoteca* es un joyero que atesora maravillas de los mejores artistas de hoy: Villegas y Pradilla, Sorolla y Domingo, Jiménez Aranda y Emilio Sala, Nogales y Muñoz Lucena, Garnelo y Simonet, Domínguez y Unceta, Cecilio Plá y Fernández Alvarado y Ocón y Gersa y Martínez de la Vega y Garnet y Benedicto y cien más, firman los admirables lienzos, las lindas tablas, los originales *panneaux* y los originales-bocetos que engalanan los muros del estudio del célebre poeta. Reina compra sin regatear y el museo crece día a día... Un artista que dispensa generosa protección a los artistas; un poeta que ayuda a los que empiezan, que estimula a los que trabajan, que respeta a los que llegaron y que ni siente envidias ni habla mal de nadie, es algo así como un mirlo blanco». Y después de hablar de algunos de sus libros, añadía: «He tenido el placer de oir recitar al propio autor algunas de sus composiciones; he hallado traducidas al francés y al portugués, al italiano y al alemán, las gallardas inspiraciones rítmicas del feliz creador de los *Poemas Paganos;* he visto a todo un

pueblo gozar orgulloso con los triunfos de su paisano; he contemplado con emoción a los niños de las escuelas, aprender a leer en *La Canción de mi pueblo;* he sido testigo de las manifestaciones de cariño y de admiración que Córdoba y Sevilla, Granada y Málaga, han rendido a mi ilustre amigo... y cuando después de estudiar al poeta en sus obras, al literato en su estudio y al hombre en su casa, he oido citar su nombre para un sillón en la Academía, juro que he sentido a un tiempo íntimo goce y pena honda. Junto a su egregio paisano Valera, entre Núñez de Arce y Manuel del Palacio, rodeado de Sellés y de Picón, bien está que se haga un sitio al poeta de Puente Jenil. Pero arrancarle de su apacible retiro, traerle a Madrid y darle un asiento al lado de los excelentes burgueses que se llaman Commeleran y Liniers, Villaverde y Silvela, me parece una grave ofensa hecha al buen sentido y al arte, en la persona del más brillante paladín de la poesía contemporánea. Si para entrar en la *docta* hay que ir de puerta en puerta mendigando votos, desde luego afirmo que Manuel Reina, no será Académico. Ahora, si la Academia es lugar reservado al talento y en ella se entra por derecho propio, séame lícito esperar que la hora del ingreso en dicha Corporación está muy cercana para Reina. Cuando esa hora suene, ¡quien sabe si sonará a gloria para el poeta! ¡Es tan grata la vida en ese pueblo *alegre, risueño y bullicioso como una pandereta!...*»

En efecto, el ingreso en la «Real Academia Española» no estaba lejano para el poeta, cuando Blanco Belmonte escribía su artículo, en el año 1900, pues desde entonces comenzó a hablarse insistentemente de su elección y cuando iba a ser propuesto, un lustro después, por Académicos tan ilustres como Benot, Pérez Galdós, Maura, Cavestany y otros, le sorprendió la muerte, prematuramente, pues solo contaba 48 años de edad. Precisamente, pocos días antes de morir, un íntimo amigo suyo, vió dos cartas, una del Duque de Rivas y la otra de D. Antonio Maura, ofreciéndole la primera vacante que hubiera en la Academia Española, y Maura, que le escribió de su puño y letra, le decía que no solo era deseo suyo sino también de la Corporación en pleno.

Nadie se había acordado, sin embargo, de celebrar una fiesta en que se verificara un acto de justicia: la coronación de Manuel Reina. En otra época se había verificado la de Zorrilla, gran lírico, reconocido por todos, pero que si bien tenía más renombre (porque también vivió muchos más años y fué más fecundo que el vate cordobés) en cambio no poseían sus canciones la corrección impecable de las de aquél, dicho sea en honor de la verdad. Yo pensaba esto y me preguntaba: ¿Por qué no verificar la coronación del autor de *La Vida Inquieta* y de tantas y tantas poesías admirables?...

Tenía yo entonces veinte años, muchos ensue-

ños, muchas ilusiones. Escribía todos los días versos; seguía, paso a paso, la labor literaria del Maestro, a quien admiraba del modo más entusiasta (lo mismo que he seguido admirándolo siempre) y esa idea bullía en mi cerebro un día y otro y era una obsesión que no me abandonaba. Y yo mismo me decía: Eso sería un tributo que España entera rendiría a este excelso cantor de cantores; sería un homenaje de admiración y de afecto de todos las españoles, porque a Reina todos le quieren; no tiene enemigos, porque solo ha hecho el bien que ha podido.

Así me decía yo mismo, pensando en esta deuda de gratitud que teníamos con el egregio autor de *Rayo de Sol* y, al fin, un día pensé que, aún cuando constituyera una osadía en mi tomar una iniciativa tan importante, que debía partir de otras personalidades o de firmas más elevadas, yo podía proponer la *Coronación de Manuel Reina*. Y antes de lanzar mi idea le escribí insinuándole mi propósito de proponer un alto homenaje en su honor. Enseguida me conntestó con esta carta, que he conservado con todas las suyas, y en la que se revela su modestia proverbial:

«Sr. D. Eduardo de Ory.

Mi querido amigo: Acabo de recibir su muy amable carta, y agradeciendo a Vd. de veras sus repetidas muestras de cariño, le ruego no vuelva a ocuparse de homenaje alguno en mi honor, que sin modestia afirmo no merecer.

Siempre suyo apasionado amigo y compañero que le quiere, *Manuel Reina.*

12-3-905».

Pero yo no quise, a pesar de esto, cejar en mi propósito, porque me parecía hacedera la empresa, contando desde luego—como se contaba—con lo simpática que era en sí y con el fervor que sus paisanos, los cordobeses, sentían por su poeta.

Escribiré un largo artículo—me dije—pero cuando iba a poner mano o la obra medité y me interrogué de este modo: ¿no sería de más efecto, no llegaría más al público, esa idea, lanzada en verso?

Era el 19 de Marzo de 1905—una semana después de recibir la carta de Reina—y aquel mismo día escribí una poesía, desmañada y defectuosa, como mía, pero en la que palpitaba mi sinceridad y todo mi hondo sentir. La mandé enseguida al *Diario de Córdoba* y el 21 de Marzo aparecía en dicho periódico.

He aquí un fragmento de ella:

Al Monarca dè la Lírica Española
el Ilustre Manuel Reina.

—

Trovador venerado, cantor egregio:
dame de tu áurea lira solo un arpegio,
para entonar canciones en tu loór.
Préstame los aromas de tu poesía,
y que inspire un momento la mente mía
la Musa que te inspira, gran trovador.

—



Caricatura de MANUEL REINA,
publicada en el núm. 1 de *El Nuevo Jenil.*
(Enero de 1899).

. . . .

Y hoy evoco tu Musa para aclamarte,
¡oh vate soberano! porque admirarte
ya se ha dicho que fuera cosa vulgar.
Perdona mi osadía, mi atrevimiento;
de mi cítara humilde rítmico acento
¡solo en tu honor, oh Reina, quiero arrancar!

—

Yo he leido extasiado *La Vida Inquieta*:
esa creación hermosa, noble poeta;
tus *Poemas Paganos* también leí.
Y *la Canción* sublime *de las Estrellas;*
¡Y todas tus poesías...! Y todas ellas,
gozoso y conmovido las aplaudí!

—

Es tu arpa una paleta deslumbradora
cuajada de colores; Hélios la dora
con los rayos más áureos que Dios le dió.
Por eso ¡oh, vate! brillan en tu poesía
el sol, siempre ardoroso, de Andalucía,
y su cielo, el más bello que se admiró.

. . . .

¡Reina! ¡Cantor insigne! Como un monarca
del Parnaso, tu reinas. (1) Todo lo abarca
tu poderoso númen, radiante sol.
¡Formemos, trovadores, para su frente
una regia corona resplandeciente!
¡coronemos al noble vate español!

Al leer esto Reina me escribió seguidamente y entre otras cosas me decía: «Es tan grande la imaginación de V. que convierte en ostentosa pirámide el grano de arena de mi ingenio».

Mi proyecto fué un éxito en verdad. A todos cuantos leyeron mis versos pareció lógico y opor-

(1) Según frase de Felipe Pérez y González.

tuno ese homenaje, y un día después de publicados, el corresponsal de aquel periódico en Puente Jenil escribía un largo artículo, muy benévolo para mí, del cual reproduzco este fragmento:

«Desde el punto mismo en que recibí el número del «Diario», respectivo al sábado 21 de los corrientes, hubiera puesto mano a esta correspondencia a no habérmelo impedido achaques de salud, a los que por fuerza he de subordinar los impulsos de mi voluntad: deberes de cortesía, que aun en lo justo obligan, exigían de mí, como hijo de Puente Jenil, mostrarme agradecido a quien en poesía inspirada y hermosa alaba a este pueblo y ensalza y encomia y glorifica al más preclaro de sus hijos, cuyo nombre es el blasón brillante de la literatura contemporánea nacional. Claro digo que estoy aludiendo a D. Manuel Reina y a la poesía que le dedica el vate gaditano don Eduardo de Ory, inserta en el número ya aludido de este periódico. Y con esto y significar la grata impresión causada en estos vecinos por la composición ya dicha, habría concluido mi papel de corresponsal, en este asunto, de no haberse dado en él una extraña coincidencia de esas que nos hacen pensar en ocultas y misteriosas comunicaciones, aun cuando seamos rebeldes a las formas del ocultismo; porque es el caso que casi al tiempo mismo en que se escribía la octava estrofa de la poesía del Sr. Ory, en la que con valiente frase se pide a los trovadores españoles una regia corona para la frente del insigne lírico

Manuel Reina, acariciaba yo la misma idea y no solamente la acariciaba sino que tuve el valor de decirla al poeta mismo, arriesgando las enérgicas protestas que le inspiraba su modestia. Dábame gracias (no debidas) por una ligera mención que de él hiciera y al contestarle en la forma que autoriza una antigua, verdadera y jamás interesada amistad, hube de decirle sobre poco más o menos:—Apenas he satisfecho a la justicia con mis frases respectivas a tí y ahora te digo que quisiera ser otro, tener notoriedad y autoridad literaria para no matar con mi iniciativa la que debiera tomarse para rendirte un homenaje nacional.—Todo esfuerzo retórico sería pálido al pintar la sinceridad, la energía y el fuego con que rechazó mis palabras. Casi al mismo tiempo, con seguridad a la misma hora (y esta es la singular coincidencia) el Sr. D. Eduardo de Ory escribia:

Formemos, trovadores, para su frente
una regia corona resplandeciente:
coronemos al noble vate español.

Ya se yo, y asi lo dije a mi noble amigo, que las ideas más excelentes pueden triunfar o ser vencidas por condiciones meramente circunstanciales de tiempo y lugar y de ùn modo principalísimo por el punto de que parte su iniciativa y porque sé eso me hubiera guardado muy bien de hacer público mi pensamiento, sintiéndome medroso de dañarlo y perjudicarlo, que para mí sería dolor tan grande como el de ofender o injuriar a quien pretendía enaltecer...»

Este artículo mereció también una excelente acogida y a él contestaron, adhiriéndose a la idea, varios distinguidos escritores, entre ellos don Antonio Aguilar y Cano y D. Ricardo de Montis, redactor del «Diario de Córdoba».

Yo, el 27 del mismo mes, escribí otro trabajo aludiendo al citado, que se publicó seguidamente en el mismo periódico y en el que decía:—«He leido con gusto el hermoso artículo que firmado por su corresponsal en Puente Jenil, se insertó en el «Diario» el miércoles 25 del mes actual. Después de expresar a dicho Sr. mi agradecimiento por las frases que dedica a mi humilde poesía voy a volver al tema, porque no debe quedar aquel sin respuesta. Mi idea leo, lleno de gozo, que ha causado grata impresión en Puente Jenil y esto me anima y me hace alentar la esperanza de que se lleve a la práctica tan loable pensamiento. Yo rindo fervoroso culto al excelso maestro Manuel Reina, y he de procurar, por cuantos medios estén a mi alcance, que se secunde mi entusiasta iniciativa. Pero mi esfuerzo y mi voluntad poco valen y, por tanto, es preciso que todos se unan para llevar a efecto este tributo de admiración al que por su modestia reconocida, no ocupa un sillón en la Academia Española. La prensa—como ha dicho acertadamente el citado corresponsal—es la única que puede, en lo humano, pesar y medir el como y cuando debe pagarse esa deuda que la nación tiene contraida con su gran lírico.—Si ella, empezando por

la cordobesa, (a excepción del «Diario» que ya ha dicho lo suficiente) secunda la idea, es muy posible que se corone al que es el rey de los poetas; pero, si por el contrario, mi iniciativa se olvida por todos, entonces demostraremos una vez más nuestra apatía hacia todo lo noble y elevado. Manuel Reina es una gloria nacional. Su coronación no debe hacerse solo por un homenaje, sino también por un acto de justicia.»

Una nueva carta del poeta no se hizo esperar; era como siempre una negativa a todo lo que constituyera un agasajo en honor suyo. Así, me escribía:

«Aunque agradezco su cariño bondadoso por todo extremo, protesto sincera y resueltamente contra el encomiástico artículo que me dedica usted ayer en el *Diario de Córdoba*. Nada más inmerecido que ese homenaje a mi persona—que usted piadosamente defiende—y que sería un acto de asombrosa benevolencia, al cual me opondría siempre con todas las fuerzas de mi profunda convicción y todas las energías de mi voluntad.»

No pudo, sin embargo, llevarse a la práctica mi proyecto, pues poco después de dos meses de lanzada la idea, moría Manuel Reina en su pueblo natal, víctima de aguda dolencia, que había degenerado en un colapso cardiaco. Falleció a las seis de la mañana del 11 de Mayo de aquel año de 1905.

Toda la prensa cordobesa dió cuenta del senti-

miento producido en Puente Jenil por la muerte de su insigne Poeta.

El corresponsal del *Diario de Córdoba* en dicha localidad decía en un extenso artículo entre otras cosas: «Por mi telegrama de ayer saben los lectores del *Diario* el triste desenlace que tuvo la larga y penosa enfermedad que venía padeciendo Manuel Reina, desenlace que no se esperaba tan pronto, por lo que nos ha sobrecogido a todos en grado sumo. Desde el momento de ocurrir el fallecimiento empezaron a acudir a la casa mortuoria individuos de todas las clases de la sociedad a dar el pésame y a ofrecerse de incondicional modo a la desolada familia que con la muerte de tan honrado patricio perdían, su madre, el hijo cariñoso; sus hijos el amante y ejemplar padre, y sus hermanos el director, guía y protector constante. También pierde este pueblo uno de sus más decididos protectores, pues su amor a la tierra que meció su cuna era inmenso: llorarán su muerte los pobres desvalidos para los que siempre tuvo socorro y amparo, de lo que es buena prueba su proceder en las actuales circunstancias, pues sus limosnas y donativos eran cuantiosos.»

El Defensor de Córdoba decía en un telegrama: «Ayer tarde verificose el entierro del eximio poeta don Manuel Reina. El pueblo entero acudió a rendirle el último tributo formando parte en el duelo donde se veía el comercio en masa y representaciones de todas las clases sociales. Las

mujeres lloraban al paso de la fúnebre comitiva» y, al día siguiente, el mismo periódico en una detallada información de su corresponsal decía: «Ayer tarde fueron conducidos al cementerio de nuestro Padre Jesús Nazareno, los restos mortales de nuestro inolvidable poeta y diputado a Cortes por este distrito el Excmo. Sr. D. Manuel Reina Montilla. La imponente manifestación de duelo tributada al ilustre finado excede a toda ponderación; todo Puente Jenil en cumplimiento de un ineludible deber de agradecimiento y cariño, acudió con honda pena para dar el último adiós al hombre grande, de corazón nobilísimo, que acabamos de perder para siempre. Desde las primeras horas de la tarde, las calles por donde había de pasar el entierro veíanse ocupadas por un gentío inmenso. Todos los obreros del campo y los talleres suspendieron voluntariamente sus trabajos y el comercio cerró sus puertas acudiendo en masa a formar parte del fúnebre cortejo.

Las campanas de todas las iglesias, doblaban sin cesar predisponiendo los ánimos a la más triste melancolía. A las seis comenzó a desfilar la fúnebre comitiva desde la casa mortuoria al cementerio; esta se organizó en la forma siguiente: Ancianos y niños pobres en número de 200 con velas encendidas, estandartes de todas las cofradías y hermandades, estandarte de San Pedro, clero parroquial de todo vestuario con Cruz alzada, banda municipal, de uniforme, el féretro severo y sencillo llevado en andas por los fieles ser-

vidores de la casa; sobre el féretro una hermosa corona dedicada por su señora madre e hijos del finado con las siguientes inscripciones: «A nuestro amantísimo padre», «A mi queridísimo hijo». Las cintas eran llevadas por los señores siguientes: D. Antonio Baena Delgado, D. Francisco M. Carmona Delgado, D. José Estrada Muñoz, don Leocadio Santaella, D. Rafael Rivas, D. Cristóbal Aguilar, D. Francisco García Hidalgo. La primera cabecera de duelo la formaban los parientes D. Rafael Reina Carvajal, D. Antonio y don Enrique Reina Morales, D. Mariano Borrego Montilla, D. Pablo y D. Manuel Ortega Montilla, don Francisco Melgar, D. Luis de Porras Castillo, D. Carlos Bajo Montilla y D. Rafael Cano Melgar (Presbítero). La segunda cabecera de duelo la formaban las primeras autoridades civiles y militares, D. Rafael Vergara Cubero (alcalde-presidente), D. Manuel Parejo Delgado (juez municipal), D. Francisco Carvajal Estrada (fiscal municipal), D. Román Gómez (teniente de la Guardia Civil) y D. Enrique Castillo (Diputado provincial). Hasta las nueve de la noche de hoy se han estado recibiendo multitud de telegramas de pésame de todos los grandes políticos y literatos de España. A petición de la distinguida familia del ilustre finado, el Consejo local de Unión Conservadora, suprimió las coronas que pensaban dedicarle, dando en su lugar 800 bonos de comida para los pobres.»

Tres días antes habíase celebrado en el Círculo

de la Amistad de Córdoba una solemne velada para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote* y en cuyo acto leyó D. Ricardo Solsona una poesía de Reina: *Las bodas de D. Quijote y Dulcinea*, que obtuvo una verdadera ovación del selecto y numeroso auditorio que la escuchó. Dicha poesía formó después parte de su libro póstumo «Robles de la Selva Sagrada», del que hablaremos más adelante.

En el primer apéndice de este estudio reproduciremos algunos fragmentos de los artículos que publicó la prensa española con motivo de su fallecimiento, y en los que se demuestra la admiración, el afecto y la simpatía con que contaba tan preclaro ingenio. Fué un verdadero duelo nacional, pues la literatura, con la muerte de Reina, perdía a uno de sus más excelsos paladines.

En parecidos términos se expresó la prensa hispano-americana, y la familia doliente recibió, con tan triste motivo, inequívocas pruebas del sentimiento producido en todas partes, demostrado en numerosísimos telegramas y cartas.

Pocos días después de la muerte del gran poeta, todas las fuerzas vivas de su tierra natal suscribieron una instancia que se presentó a la Corporación Municipal de dicho pueblo, que decía así:

«A los Sres. Alcalde, Tenientes y Concejales del Ilustre Ayuntamiento de Puente Jenil:

Los que suscriben, vecinos de esta Villa, tienen el ho-

nor de dirigirse a los señores que forman el Ilustre Ayuntamiento de la misma, con su genuina y oficial representación, interesándolos en favor de un proyecto, que por lo mismo que no lleva el sello de un particularismo enojoso, ser un acto de reparadora justicia y pretenderse honrar con él y perpetuar la memoria de un hijo esclarecido, gloria de las letras españolas, no puede por persona, ni entidad alguna, alegarse mejor derecho a ser patrocinado, que por aquellos nuestros convecinos, que ostentando nuestra representación en la casa del pueblo, se afanan con noble emulación en la defensa y mejoramiento de sus intereses morales y materiales.

Con sentidos acentos, recogidos en las distintas esferas sociales y sin lirismos artificiosos, los hijos de este pueblo consideran la fecha del 11 de Mayo actual, como una fecha luctuosa; en ella dejó de existir D. Manuel Reina Montilla, su convecino ilustre, querido por todos y por todos admirado, cuando en la prensa y por escritores meritísimos se había iniciado un movimiento de opinión nacional conducente a enaltecer la relevante personalidad que se había conquistado en el mundo de las letras; cuando la gloria le sonreía; cuando su númen poderoso daba los frutos más sazonados; cuando en la Academía Española los más preclaros ingenios lo llamaban a su seno y cuando podía enriquecer más y más la literatura española con aquellas sus páginas brillantes, en que deslumbran las imágenes y la luz esplendorosa, en las que embriagan las fragancias de su enamorada Andalucía y en las que el sentimiento se desborda infiltrando en el espíritu un dejo de tierna y profunda melancolía, que es el sello de sus inimitables y genialísimas creaciones.

Nuestro eximio paisano D. Manuel Reina fué político, pero un político honrado que rehusando los cargos oficiales y los honores, murió ostentando con orgullo la representación en Cortes de este distrito de sus aspiraciones y de sus cariños perdurables; nadie desconoce la rectitud y probidad de su vida pública, como por nadie se ignora

la sencillez sugestiva de sus costumbres privadas; padre amantísimo y amigo generoso, franco y leal, ha dejado una estela luminosa en la memoria y en el corazón de los suyos, que somos nosotros los que convivimos con él, depositarios de las delicadezas de su espíritu; pero su personalidad, donde refulge con mayor intensidad, por lo que merece de singular manera tributos de admiración (y testimonios fehacientes de ello han llenado en estos días las columnas de los periódicos con motivo de su llorada muerte) es por su hermosísima obra literaria, que traspasando los límites de la Patria, y esto lo declaramos jactanciosamente, ha llevado a otros paises su nombre, envuelto en una aureola de arte exquisito, de gusto supremo y de fama inmarcesible.

Al honrar la memoria del esclarecido poeta que nació en nuestro pueblo, nos honramos nosotros mismos y timbramos de nobleza esta tierra de nuestros afectos. D. Manuel Reina es nuestra gloria más legítima, porque ella se engendró en las serenas regiones donde libran los entendimientos sus combates ardorosos; y permanecer extraños al homenaje que el mundo intelectual viene rindiendo a su memoria, sería un oprobio para nosotros y una injusticia que no cabe en nuestros pechos; por eso iniciamos la idea, que ponemos bajo el patrocinio del Ilustre Ayuntamiento de realizar un acto que exteriorice nuestro levantado deseo de hacer perdurable su recordación, y como las iniciativas de los Sres. Concejales y las nuestras se encuentran coartadas por la Real Orden de 10 de Febrero próximo pasado, que prohibe denominar ninguna calle con nombre propio de persona fallecida, dentro de un periodo de diez años,

Solicitamos del Ilustre Ayuntamiento de Puente Jenil, se sirva acordar la colocación de una lápida conmemorativa en la casa en que nació el egregio autor de *La Vida Inquieta*, encabezando la suscripción, que pretendemos revista carácter popular, evidenciando de esta manera y perpetuando el recuerdo en las futuras generaciones, de

la profunda estimación en que tuvimos sus contemporáneos al caballero intachable, ciudadano austero, político honrado y literato insigne D. Manuel Reina Montilla, acto que a la vez que testimonia la admiración y el cariño de sus paisanos, servirá de estímulo a los futuros cultivadores de las buenas letras y a todos aquellos que por su intelectual pujanza, su vigor moral, o la eficacia de su virtud, merezcan la envidiable notoriedad reservada por Dios a los elegidos.

Puente Jenil 27 de Mayo de 1905.

José Contreras Carmona, *ex-Gobernador civil.*—Manuel Parejo Delgado, *Presidente del Consejo local de Unión Conservadora.*—Juan Delgado Bruzón, *Presidente del Comité Liberal y del Casino Liceo.*—Francisco Reina Framis, *Presidente del Círculo Católico de Obreros y Patronos.*—Eugenio Cano Acedo, *Presidente del Comité Republicano.*—*Por la Industria local,* Manuel Varo Ariza.—*Por la Cámara Agrícola,* Alberto Gálvez Ariza.—*Por la Banca,* Antonio Baena Delgado.—*Por la Cámara de Comercio,* José Estrada Muñoz.—*Por el Gremio de Tejidos,* Francisco Cordón Fuentes.—*Por el Gremio de Bisutería y Coloniales,* Miguel Carmona Contreras. Siguen las firmas».

Excelente acogida, como era de esperar, tuvo la solicitud transcrita y por suscripción popular fué costeado el busto y la lápida, —trabajo ejecutado por el famoso escultor cordobés Mateo Inurria—colocada en la casa donde nació el poeta (que no es ya la primitiva, pues se ha reconstituido en su totalidad) homenaje que con toda solemnidad se verificó el 29 de Junio de 1906. El día antes se repartió profusamente una circular que era un llamamiento a todos los vecinos del pueblo para que acudieran a tan importante acto. Ni que decir tiene que todos acudieron, constitu-

yendo una verdadera manifestación de respeto y cariño a la memoria del que supo dar días de gloria y enaltecer a su tierra natal. Pocas veces se han visto reunidas, para actos semejantes, mayor número de personas. Pero no era raro, si se tiene presente que Reina era para sus paisanos algo extraordinariamente amado, algo así como un ídolo; y no creais que exagero en la frase, pues he oido hablar muchas veces de el a sus comprovincianos y al citar su nombre lo hacían con un respeto, con una veneración, que parecía enteramente que hablaban de una reliquia por todos acatada. Asistieron entre otras personalidades, el Gobernador Civil de Córdoba, el ex-director general de Agricultura D. Martín Rosales, diputado a Córtes por Lucena; el Municipio de Puente Jenil y numerosas representaciones de todas las clases sociales, que con su presencia rindieron este último homenaje a la memoria del inmortal lírico. En acto tan solemne se leyeron sentidas composiciones poéticas enviadas al objeto y el Alcalde de la villa pronunció un elocuente discurso en el que hizo resaltar los sobresalientes méritos del finado, como artista y como modelo de caballerosidad y altruismo; y cuyo recuerdo, por las generales simpatías que supo captarse, no podrá borrarse nunca.

La circular repartida decia así:

«Al Pueblo de Puente Jenil.

Mañana por vez primera, en los anales de nuestro amado pueblo, se va a realizar un acto, que fija el mayor ni-

vel de cultura alcanzado por aquellos otros pueblos, que figuran a la cabeza de todo movimiento progresivo, marcando con rumbos luminosos la marcha redentora de las naciones: honrar a un hijo esclarecido que enalteció con sus talentos la humildad de nuestra historia.

A la muerte del egregio Poeta, nuestro ilustre paisano D. Manuel Reina, sintióse una palpitación noble y generosa entre sus amigos y entusiastas admiradores de su obra literaria: perpetuar su memoria, legando a las futuras generaciones el recuerdo glorioso de su renombre en el mundo de las letras, de sus austeridades en la vida pública y de sus grandes virtudes en la vida privada.Ese pensamiento levantado, acogido con ardiente simpatía, se tradujo primero en una suscripción popular y después en un monumento lapidario. Mañana tarde, a las seis, ha de celebrarse la solemnidad de descubrirlo y para su mayor esplendor, para la mayor brillantez de la ceremonia, invitamos a todos los hijos de Puente Jenil, que el hermoso acto de la solidaridad de todo un pueblo, rindiendo homenaje y tributando justicia al que supo escalar con sus geniales composiciones las cumbres de la fama, resultará un espectáculo consolador en los tiempos que alcanzamos, de glacial indiferencia y de angustiosos pesimismos.

La fecha del fallecimiento del eximio Poeta, siempre será una fecha de luto en la Historia de nuestro pueblo, porque al privarnos la muerte de la prudencia de su consejo, de los frutos de su poderosa inteligencla, de las exquisiteces de su espíritu y del calor de sus afectos, protestaban nuestros egoismos llenándonos de profunda tristeza: la fecha de mañana es por el contrario fecha de resurrección. Si el tiempo con su acción piadosa difumina primero y borra más tarde el recuerdo de los seres que dejaron de existir, para aquellos que brillaron en los dominios de las letras, de las ciencias, de las artes, es la muerte la cesación de la lucha, y apagadas las pasiones que en su derredor se agitaban, la personalidad del literato, del sabio, del artista, se levanta radiante y triunfadora, sobre el mundo pequeño de las humanas flaquezas.

Honremos a Manuel Reina, asóciese el pueblo entero al júbilo que nos embarga, por el acto de justicia que realizamos, cerrando los comercios sus puertas, colgando sus balcones los vecinos de la calle D. Gonzalo y cuando un repique general de campanas anuncie que la ceremonia ha concluido, que viva piadosamente su recuerdo y para siempre en el corazón de sus paisaños y esa lápida que vamos a descubrir sea el testimonio transmitido a las futuras generaciones, de la admiración que sentimos por sus glorias literarias y por sus cívicas virtudes, que estamos seguros de que el espíritu del Poeta seguirá flotando sobre este pueblo de sus amores, cuando apenas queden vestigios de nuestros nombres en los archivos oficiales. Puente Jenil 28 Junio de 1906.—*El Alcalde,* Juan Delgado.—*Por la Comisión organizadora,* José Contreras, Manuel Parejo, Conde de Casa Padilla, Alberto Galvez, Manuel Varo, Enrique Porras, José Estrada, Leocadio Santaella.»

Aquel mismo año de 1906, en que se honraba de tan merecida manera la memoria del preclaro Manuel Reina sus hijos publicaron la obra inédita que había dejado:« Robles de la Selva Sagrada» y que, al ir preparándola, pensó rotular con el nombre de «Héroes de la Poesía».

Esta obra póstuma tiene alguna analogía con «El Jardin de los Poetas». Como en esta última se evoca en admirables versos a gloriosas figuras de la lírica mundial. Lleva al frente un admirable fotograbado de Reina, hecho por el notabilísimo grabador D. Bartolomé Maura.

Divídese el volumen en dos partes: «Héroes Literarios» y «Genios y Musas». La dedicatoria es un primor de delicadeza y sencillez. Está consagrada a sus hijos y son consejos, llenos de

nobleza y sabiduría, que el poeta dice que recibió de labios de su padre y, que inspirados en la bondad y en la esperanza, los traslada a sus hijos, para enseñanza de ellos. Son bellísimos sobre toda ponderación. Leed:

«Lucha contra la mentira,
aunque su dardo te hiera;
sé como el héroe que expira
aclamando a su bandera.

Tu nombre puede alcanzar
la bendición de la gente,
si eres grande como el mar
y humilde como la fuente.

Ama a la Naturaleza:
sus delicias y esplendores
disipan toda tristeza
y consuela los dolores.

Odia al juego; la baraja
suele, por arte infernal,
cambiarse en fiera navaja,
en revolver o en puñal.

Dignas frases generosas
vibren tus labios prudentes;
no aquellas más ponzoñosas
que víboras y serpientes.

El gobernar es sufrir;
dichas te dará el saber:
más seguro es recurrir
a la ciencia que al poder.

A la amistad bien probada
visítala cada día;
la senda no frecuentada
maleza y espinos cría.

Los envidiosos podrán
al bueno en la sombra hundir;
pero las nubes se van,

El Laurel rosa

Llenó el verjel Apolo de harmonía,
y recostado en suelo floreciente,
á la margen durmióse de una fuente
que entre lirios y céspedes corría.

Sale entonces, callada, de la umbría
desenroscando el cuerpo, una serpiente,
y hunde su corvo, emponzoñado diente,
en el pecho del dios de la Poesía.

Las aves que poblaban la espesura,
á la queja de Apolo dolorosa,
respondieron con gritos de pavura;

y en la tierra, que ungió la generosa
sangre de la traidora mordedura,
vió la primera luz el laurel rosa.

Man.l Reina

Autógrafo de MANUEL REINA.

y el astro vuelve a lucir.
En el trabajo y sus hondas
fatigas templa tu brío,
como Aquiles en las ondas
del maravilloso río.
Realiza un hecho brillante,
practica una honrada acción,
y oirás un eco triunfante
dentro de tu corazón.
En las horas angustiosas
piensa en tu madre querida:
la cruz, ornada de rosas,
es símbolo de la vida.
Sé con el pobre indulgente;
huye del amigo infiel,
y venera toda frente
coronada de laurel».

En «Héroes Literarios» figuran 18 composiciones, cada una de ellas de mérito suficiente para servir de modelo entre las más selectas escritas en castellano. La titulada «El entierro de Ofelia», en verso decasílabo, es una melodía de ritmos exquisitos, y de una música interior delicadísima, esmaltada con las más lindas imágenes:

«De los ramajes llenos de flores
vibrantes surgen, cual de un salterio,
himnos felices, cantos de amores,
que alzan jilgueros y ruiseñores,
alegres músicos del cementerio».

Los fragmentos del poema «La Juventud de don Juan», son, así mismo, primorosos y hacen vislumbrar lo que hubiera sido el poema en conjunto, si su autor lo hubiera llegado a concluir. Tiene la misma brillantez que «La Canción de

las Estrellas» y «Rayo de Sol» y sus imágenes son igualmente valientes y fantásticas, propias de la imaginación poderosa que concibió tantos versos de oro. «La Serenata de D. Juan», «El Idilio de Fausto y Margarita», «El Rey Arturo» «La Muerte de Juan Borgia», por no citar más, son, igualmente, poesías de una belleza poco corriente y las que sería preciso reproducir íntegras para que el lector pudíera saborearlas despacio, porque cada estrofa, cada verso, encierra un alto pensamiento o una imagen bella.

«Genios y Musas», segunda parte del libro, contiene diez poesías, sobresaliendo a nuestro gusto, las tituladas *A Enrique Heine, El Genio de Zorrilla, La Musa de Gustavo A. Bécquer Núñez de Arce* (1) y *La Musa de mi tierra,* que ya se había publicado anteriormente en *Blanco y Negro,* preciosamente ilustrada en colores por el afamado pintor Estevan.

En la dedicada a Heine termina con esta estrofa genial:

«Y si el sarcasmo tus canciones marca
con el hierro candente de tus mofas,
yo diera la corona de un Monarca
por una de tus mágicas estrofas».

No se ha dicho nada más valiente en poesía por ningún lírico del mundo.

---

(1) Para demostrar la facilidad que poseía Manuel Reina para hacer sus «impecables» versos—que después de meditados y escritos, solía limar escrupulosamente—basta recordar que a la muerte de Núñez de Arce, *El Liberal* de Madrid le pidió una poesía a la memoria de aquel insigne Maestro y pocas horas después publicaba esta composición, incluida en «Robles de la Selva Sagrada».

No menos aplausos de la crítica, que las anteriores producciones de Reina, mereció «Robles de la Selva Sagrada». Presente tenemos varios extensos artículos acerca de ella, que si fuéramos a reproducirlos haría interminable este trabajo. Basta con decir que el muy insigne crítico don Juan Valera la llamó «obra de un superpoeta». Bien han hecho los hijos de Reina en publicarla—como dijo un periodista cordobés—pues con su aparición (el mismo día en que se conmemoraba el primer aniversario de la muerte de Reina) han erigido al autor de sus días el mejor monumento que los hombres podían levantarle, «monumento que produce admiración, que impresiona a la vez al corazón y al espíritu, que no carcomen ni derrumban las inclemencias del tiempo, porque vive y vivirá mientras haya cerebros que piensen alto, almas que sientan hondo, poesía en fin, y la poesía es eterna como emanada del mismo Dios». Monumento, añado yo, digno de ser perpetuamente circundado de mirtos y laureles, como glorificación al poeta, cuya fama jamás se borrará, y a cuyo busto también los rayos de sol debieran formar una corona deslumbradora, igual a la que yo deseaba se le brindase, cuando escribí lleno de entusiasmo—con el entusiasmo de mis veinte años:—

«Formemos, trovadores, para su frente
una regia corona resplandeciente:
¡coronemos al noble vate español»!



APÉNDICE I

LA PRENSA ESPAÑOLA

EN LA MUERTE DE MANUEL REINA

(FRAGMENTOS)

PRENSA DE MADRID [1]

Puente Jenil 11 (7 t.).

A las seis se ha verificado el entierro del diputado a Cortes por Lucena e inspiradísimo poeta D. Manuel Reina, acompañándole al cementerio más de 3.000 personas.

Presidían el duelo el alcalde D. Rafael Vergara Cubero; juez municipal D. Manuel Parejo Delgado; fiscal municipal D. Francisco Carvajal Estrada; teniente de la Guardia civil D. Ramón Gómez; diputado provincial D. Enrique Porras Castillo y amigos y parientes del finado.

(El Corresponsal).

—

(Publica el retrato del poeta y después prosigue):

Por el anterior despacho hemos conocido la triste noticia de la muerte de Manuel Reina, poeta reputadísimo, caballero distinguido que ocupaba un puesto en las filas de la mayoría; pero que se hizo notar, sobre todo, por sus dotes de exquisito versificador. Compuso algunos libros, entre los cuales descuella el que lleva por título *La Vida Inquieta.* Colaboró en los principales periódicos de España y fué un gran protector de las Artes. Había reunido una muy completa colección de cuadros de pintores contemporáneos, que convertía su casa de Puente Jenil en un verdadero museo.

A los hijos del finado enviamos el testimonio más sin-

(1) En la imposibilidad de reproducir en este «Apéndice» cuanto dijo la prensa de España y del Extranjero en la muerte del Poeta, nos limitamos a transcribir fragmentos de los artículos que le dedicaron los más importantes periódicos de Madrid y provincias.

cero de pésame por la muerte del poeta Reina, que aún no había llegado a la vejez y prometía seguir cultivando las letras, para bien de ellas.

(Heraldo de Madrid).

—

Reina era un poeta de inspiraciones delicadísimas. Describía con viveza y arrogancia los grandes espectáculos de la naturaleza, las fiestas andaluzas, las leyendas clásicas. Perfecto rimador, colorista de rica paleta, sus versos tienen el brillo del cielo del país en que nació.

Poseía Reina una considerable fortuna; vivía, sin embargo, con gran modestia, cuidando de sus hijos y leyendo cuanto se publicaba. En su retiro de Puente Jenil cultivaba incesantemente las letras, publicando mucho menos de lo que escribía, preparando una obra grande que la traidora muerte no le ha dejado concluir.

Desde hace años se encontraba enfermo y todos notábamos en él el contínuo quebranto que iba imponiendo la dolencia a su robusta naturaleza.

(El Imparcial).

—

Anteayer publicamos una poesía de Reina, *Las bodas de D. Quijote y Dulcinea:* breve y hermosa página de una lozana inspiración. Fué su última poesía.

El telégrafo nos sorprendió ayer con la noticia de la muerte del poeta. En Puente Jenil, su pueblo natal, murió ayer súbitamente este ilustre representante de la poesía contemporánea.

El último tributo de su lira de oro fué para el genio inmortal de nuestras letras: a nosotros nos tocó recogerlo.

Su estilo vibrante y delicado fué como una grata sutilización del colorismo, en cuyos más discretos moldes se mantuvo. Desde sus primeras poesías *La Música* y *La Vida,* publicadas en la prensa, consiguió Manuel Reina que la atención del gran público se fijara en aquella brillante manifestación de la lírica española.

Fué político también—rara amalgama, entre nosotros

harto frecuente—y por esta condición representó en el Congreso a los distritos de Montilla y Lucena y en el Senado a la provincia de Huelva.

Mas de esta fase de Reina bien poco podríamos decir. Sus gustos, sus inclinaciones, las vehementes vocaciones de su alma le atraían hacia otras cosas: eran las letras su pasión. Con ellas ha muerto, trazando aquel hermoso simbolismo que ha resultado de una cruel y dolorosa intimidad. Ha muerto cantando *Las bodas de D. Quijote y Dulcinea.*

Descanse en paz.

(El Liberal).

—

Era Manuel Reina poeta inspiradísimo de elevadas concepciones, de brillantes y rotundas estrofas.

Con su muerte pierde la lírica uno de sus más celebrados cultivadores.

El trato con las musas no fué obstáculo para que Manuel Reina defendiera los intereses de su país en las Cortes.

Pasaba largas temporadas en su casa de Puente Jenil, donde había reunido muchos objetos de arte.

Sus excelentes prendas de carácter le hacían en extremo simpático a cuantos le trataron.

(La Epoca).

—

Manuel Reina ha sido nuestro último poeta lírico.

No escribía para la multitud. Su musa, ática, luminosa, brilladora, hija de los poetas griegos y latinos, panteista y espiritualista al mismo tiempo, amaba las concepciones delicadas y conceptuosas. Era una andaluza que había conocido a Dafne en otra edad.

No buscó la populachería ni el elogio de los indoctos. Más se le conocía en los pasillos del Congreso, gran campo de prosa, que en las redacciones, donde más prodigamos el elogio a la amistad que a la justicia.

El diputado encontrará sustituto. Lloremos por el poeta irreemplazable.

(Diario Universal).

—

Era Manuel Reina un lírico de vuelos elevados. Tenía su númen reminiscencias helénicas y sus estrofas tersas, rotundas, impecables, parecen escritas para que se gusten los supremos deleites de la forma.

Aunque mucho más joven que ellos, había pertenecido a la generación literaria de Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, sin que la gloria de éstos obscureciese el prestigio de su nombre.

Su obra última, *El Jardín de los Poetas,* es un exuberante destello de lozanía poética. Su fecha es reciente y el público no ha olvidado, seguramente, los elogios que hubo de merecer a la crítica.

Manuel Reina tuvo también una quimera, que ha sido como una obsesión de muchos hombres de su temple: la política. Tuvo la debilidad de ser político y frecuentemente descendía del Parnaso para dar una vuelta por el salón de Conferencias. La política le había costado muchas amarguras.

(El Correo).

—

El telégrafo comunicó a los periódicos de anoche la triste noticia de la muerte del más delicado poeta de nuestros días.

Manuel Reina ha muerto ayer en Puente Jenil, la ciudad de sus sueños de poeta, la bella ciudad que a modo de nido de ruiseñores, se esconde en un regazo de verdura a la orilla del río.

Allí tuvo el artista la revelación de su arte, allí sus ensueños de adolescente se tradujeron en inspiradas poesías; allí tuvo la visión de bellos colores, de fúlgidos destellos, de afiligranadas tracerías que luego, vertidas en rimas admirables, habrían de tejer la luminosa corona del poeta.

Manuel Reina supo cantar como ningún otro poeta la íntima belleza de un país que no puede ser descrito ni cantado más que por aquellos poetas que ya en lejanos días compusieron delicadas casidas, hinchadas quizá y en exceso conceptuosas y afiligranadas; pero apropiadas y naturales en el modo de sentir y de ser del alma andaluza, que jamás se distinguió por lo sobria ni lo austera.

El temperamento de Manuel Reina, completado por una acabada educación artística, había hecho del autor de *La Canción de las Estrellas*, un artista perfecto, enamorado de todo lo bello.

Con sus inquietudes de alma buscó en la política un objetivo de su actividad. En las Cortes actuales representaba el distrito de Lucena como diputado conservador.

La muerte de Manuel Reina ha sido muy sentida por todos los amantes de las bellas letras.

(El Nacional).

—

Anoche falleció en Puente Jenil el brillante poeta andaluz Manuel Reina. Alcanzó fama y afirmó su personalidad literaria cantando cuando aún vivían poetas como Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce.

Ha escrito muchos versos, algunos coleccionados en los libros titulados *Cromos* y *Acuarelas* y *La Vida Inquieta.*

Hace cuatro días publicaba una poesía titulada *Las bodas de D. Quijote y Dulcinea.*

Sentimos la muerte de este poeta genuinamente andaluz.

Era también político y diputado; pero lo interesante en Reina era el literato.

(El País).

—

En la madrugada de ayer falleció en Puente Jenil el inspirado y elegante poeta Manuel Reina.

La generación actual de jóvenes intelectuales tenía gran estima al poeta que tan lindos y sonoros versos supo hacer.

La labor queda reseñada con timbres de arte, en libros y composiciones que han saboreado cuantos gozan con las lecturas poéticas.

Manuel Reina ha muerto joven, cuando aún podía haber dado muestras gallardas de su lozana e inagotable inspiración.

Era además el ilustre finado gran protector de las artes; y afiliado al partido conservador representaba en Cortes al distrito de Lucena.

(El Globo).

PRENSA DE PROVINCIAS

Ha fallecido en Puente Jenil, su pueblo natal, el inspirado poeta Manuel Reina, en plena actividad intelectual.

Su estilo vibrante y delicado fué como una grata sutilización del colorismo, en cuyos moldes se mantuvo constantemente.

Sus libros *Andantes y Alegros, Cromos y Acuarelas* y *La Vida Inquieta* le conquistaron un merecido renombre.

También su monólogo *El Dedal de Plata* tuvo un gran éxito.

Los versos que durante los últimos años publicó, esparcidos por los diarios, revistas y almanaques, bastarian para fundar, si ya no la tuviera, la justa fama de poeta fácil, exquisito e inspirado con que pasará al juicio de la posteridad.

Su última poesía ha sido titulada *Las bodas de D. Quijote y Dulcinea;* su último pensamiento para Cervantes.

(Noticiero Universal, Barcelona).

Hoy, cuando España, víctima de todos los infortunios, anonadada por el peso de sus últimas catástrofes, necesita más el auxilio de los hombres superiores que trabajen por su regeneración, que la animen por su ejemplo, que levanten su espíritu, que allí donde reinan las sombras de la desgracia hagan brillar los fulgores del genio, parece que, por fatal destino, la muerte se complace en arrebatarnos a todos los seres que podían realizar esa noble empresa; parece que se obstina en completar la obra de los hados adversos, llevándose lo único que nos quedaba de tiempos mejores, las únicas glorias que conservábamos; las glorias del talento, las glorias de la inspiración divina.

Cuando aún llorábamos la muerte de aquellos genios que se llamaron Campoamor y Núñez de Arce, vimos desaparecer para siempre a Balart primero, a Valera después, y el telégrafo nos sorprende con la infausta noticia de otra baja no menos sensible en la legión de los hijos ilustres de la patria: Manuel Reina.

Esta noticia es para nosotros tan inesperada, y lo será sin duda para España entera, que nos ha causado impresión terrible, de sorpresa primero, de dolor intensísimo después.

Con la muerte del gran poeta hemos perdido a uno de los pocos representantes de aquella pléyade ilustre que durante un siglo deleitó al pueblo español con las notas ya viriles y mágicas, ya dulces y delicadas, de sus liras prodigiosas; la provincia cordobesa a una de sus glorias más legítimas; nosotros a un amigo cariñoso, más que un amigo un hermano, porque el noble corazón de Reina solo atesoraba afectos verdaderamente fraternales.

(Diario de Córdoba).

—

Ayer, cuando ya teníamos compuesto casi todo el original de nuestro número, llegó a nosotros la triste nueva de la inesperada muerte del eximio poeta; por eso

solo pudimos dar a nuestros lectores la noticia escueta.

Hoy, cumpliendo nuestra palabra, y nuestros deberes, vamos a ocuparnos de Reina; no para decir nada nuevo ni dar a conocer al que ya en los primeros albores de su juventud se abrió paso por sí propio en el mundo de las letras despertando la admiración general con sus estrofas inimitables, bañadas en luz andaluza, dechados de forma y brillantez y llevando la pulcritud y la sonoridad del ritmo hasta donde muy pocos poetas las llevaron.

Seríamos interminables si fuéramos a insertar todos los juicios críticos y elogios que tenemos a la vista y que se han prodigado a nuestro paisano, con justicia e imparcialidad.

Eugenio Sellés, el Padre Blanco, Manuel del Palacio, Víctor Balaguer, Clarín, Francos Rodríguez, Zeda, Aguilar y Cano, Herrero, Llorente y todos cuantos escritores se han ocupado de letras o de artes, no han tenido para Reina más que elogios y aplausos.

(El Noticiero Cordobés).

—

Los dioses se van. Ayer Valera, días antes Balart, hoy Reina. El nombre de Córdoba llevado en alas de la fama del novelista insigne y del cincelador de estrofas, no tiene hoy tan grandes valedores.

Su muerte causa un vacío difícil de llenar entre las glorias patrias; en el corazón de los que en sus libros aprendimos el culto de la poesía y en su amistad hallamos placer inefable, el dolor sobrepuja a todo sentimiento y ni acertamos a coordinar ideas, ni a emitir pensamientos, porque la pluma no puede describir el pesar inmenso que su muerte nos produce.

En la página literaria de los jueves, pensaba hoy dedicar unas líneas a Manuel Reina, como futuro académico; pensaba hablar de Reina y de Grilo, que le quería disputar este asiento.

¡Cuan lejos estaba yo de que esas líneas llevarían los

negros crespones del dolor, en lugar de las alegres tintas del entusiasmo!

Dios lo quiso así; acatemos su voluntad.

Daniel Aguilera
(El Defensor de Córdoba).

—

¡Pobre amigo!

Es la impresión más dolorosa de mi vida. En unas cuantas hojas de telégrafo amigos comunes del uno y del otro, me comunican la infausta noticia. Manuel Reina, el ilustre, el genial, el más brillante de los poetas españoles, heredero del cetro que en la lírica castellana dejó vacante el eximio Núñez de Arce, ha fallecido hoy. No puede la pléyade de admiradores del gran cantor, medir la intensidad del sentimiento, de angustia, de aflicción que encubre esta noticia para los amigos del insigne poeta, para nosotros, los que hemos vivido a su lado compenetrados de sus más íntimos pensamientos, apreciando siempre las exquisiteces de su corazón de niño, deslumbrados por los resplandores de su inspiración fulgurante.

¡Manuel Reina! ¡Infortunado amigo mío! Tú eres nuestra gloria más legítima; tu nombre le citábamos con orgullo y lo llevábamos en el corazón los hijos de aquel pueblo que supiste cantar en versos cincelados; en tu pecho no anidaron jamás las pasiones bastardas; en alas de tu imaginación soberana has pasado por el mundo sin mancharte en sus impuras realidades; no dejas un enemigo, pero dejas, sí, tu nombre envuelto en nimbos de luz mientras no perezca la castellana lengua y un recuerdo perdurable en aquellos que te amábamos con filial cariño.

La pena me ahoga; me piden unas cuartillas para un periódico de la tarde; me las pide quien sabía, quien sabe que te quería y que te admiraba, que en mi pecho corrían parejas refiriéndose a tí los entusiasmos y los cariños; y yo me creí más vigoroso ante la inmensa desgracia, y tomé la pluma que ahora se me cae de las manos, porque

las fuerzas me abandonan, los ojos se me nublan, el entendimiento se me obscurece y el corazón se me oprime bajo la pesadumbre del más grande dolor que he sufrido en mi azarosa vida.

José Contreras
(El Defensor de Córdoba).

—

Mi tributo.

Ha muerto el amigo queridísimo, el compatricio ilustre, cuyo nombre recordaba yo con orgullo en todas partes.

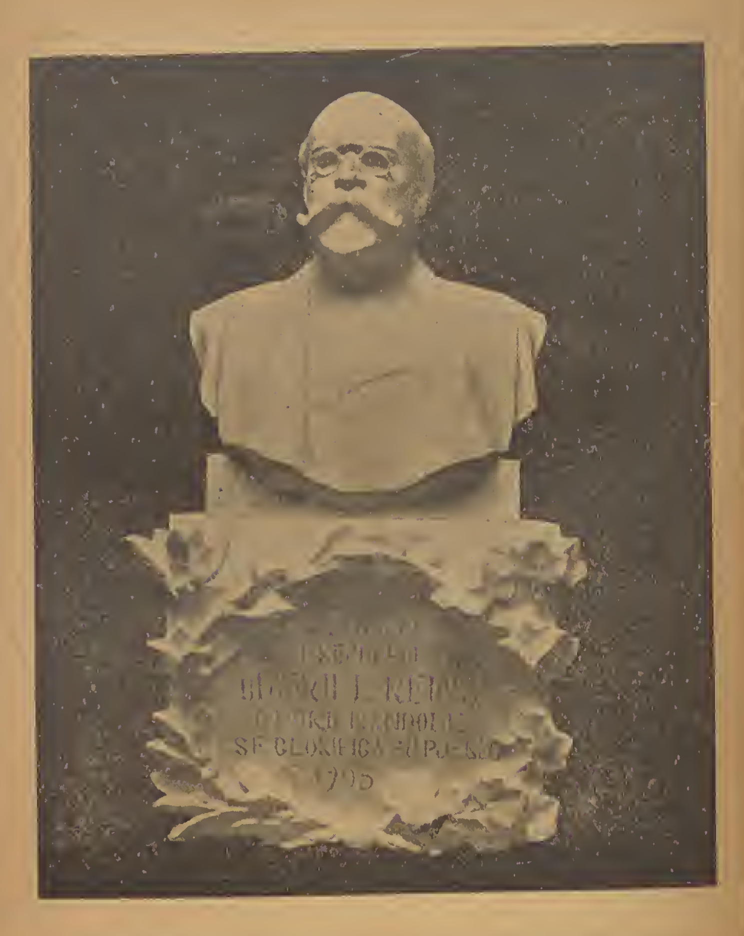
¡Por qué ocultos senderos y cuan calladamente se ofrece a los ojos, envuelta en la negra veste del infortunio la triste realidad de la vida! Pensaba yo pocas horas ha en empuñar mi desmayada pluma, rica tan solo en admiración y cariño hacia el gran poeta, que lloramos, para ensalzar su nombre, cuando me sorprende en el trajinar de mis diarias ocupaciones una misiva lacónica, amarga, de otro amigo que emulaba, allá en los años de la adolescencia, mi devoción, mi culto al genial cantor de *La Vida Inquieta:* ¡Manuel Reina ha muerto!

Rendido al peso de esa inmensa desgracia, lejos de Puente Jenil, mi pueblo queridísimo, la patria del eximio vate, que se honró y se honrará con la fama del más ilustre de sus hijos, y se vió ensalzada en los inspirados cantos de su lira inmortal, no se como acierto, requerido y apremiado por el deber, obscurecido el entendimiento, torpe la pluma, vacilante el pulso, nublados por las lágrimas los ojos, no se como acierto, digo, a reflejar mi profundo dolor.

....

¡España, Córdoba, Puente Jenil están de luto!

Yo que le conocí en las intimidades del trato familiar; que tuvo para mí, con fervores de amistad jamás entibiados, entusiasmos inmerecidos; que le llevé a mi lado, compartiendo conmigo las intensas emociones del día más feliz de mi vida, del día en que, realizados los desig-



Busto y lápida colocada en la casa donde nació MANUEL REINA, costeada por suscripción popular.

(Página 78).

nios de Dios, y mis más ardientes anhelos, subía al altar como ministro de Jesucristo, ¿como he de olvidarle?

¡Descansa en paz, amigo del alma! Tu pueblo, siempre grande, aunque agobiado por la pesadumbre de tu muerte; sabrá mirar al través de la luminosa estela que dejan tras sí tu envidiable ingenio y tus inagotables bondades, y te rendirá el tributo que mereces.

Su tributo será también mío, que ahora no consiente el dolor otro tributo que las plegarias que por tu alma elevo a Dios como sacerdote y como amigo entrañable.

Francisco de P. Velasco
Presbítero.

(El Defensor de Córdoba).

—

Por Manuel Reina.

La noticia llegó a mí desnuda, rápida, brutal; como el hierro, como el plomo homicidas. Causóme honda desgarradura; produjome dolor y estupefacción; luego, nada en mi cerebro; las ideas cayeron en la sombra, y no hubo esfuerzo que pudiera mover mi pluma para decir lo que sentía. ¿Acaso tuve conciencia clara de mis impresiones? ¡Pobre Manuel!

¡Quien me dijera que aquel apretado abrazo de ha tres meses, al despedirnos *hasta luego*, había de ser el triste abrazo de la eterna despedida. Quien me dijera que tu memoria cariñosa pensaba en mí y en mis futuros acrecentamientos cuando la muerte traidora tan próxima te acechaba!

¿Que no es éste, pensará alguno, proporcionado y digno tributo a la gloriosa memoria del gran poeta?

¿Que nada importa al público mi sentimiento más o menos grande? Equivócanse los que tal piensen: desconocen la esencia de nuestro ídolo perdido: no han penetrado en aquella alma diáfana y transparente, esclava del más grande y más noble de los corazones. Para quien como él vivió sintiendo la belleza, sintiendo el bien, sintiendo la

justicia, sintiendo el placer puro y sintiendo el dolor en sus más punzadoras formas; para quien fué ante todo y sobre todo un gran corazón, el homenaje más acepto, pero mucho más que el vano ruido del aplauso y que la hoja de laurel, es el latido doloroso producido por su pérdida y la lágrima vertida al memorarla.

Que fué uno de los primeros poetas del siglo XIX; que publicó inspiradísimos libros, que tuvo alta posición social... todo eso es notorio, sabido, bien recordado hoy; pero no tan hermoso, no tan grande, no tan humano, como proclamar que al morir Reina murió con él un dechado de nobleza, de bondad, de virtud, de caballerosidad, ideales a los que ajustó su vida, a los que en dolorosos momentos ofreció su vida, y que sin duda alguna han contribuido recientemente a arrebatársela.

La biografía del brillante poeta, la bibliografía de sus bellas producciones y la más entusiasta apología de éstas, jamás habrían de llegar, aún trazadas por la aúrea pluma del primero de nuestros críticos, a la emocionante intensidad de un estudio íntimo del llorado Manuel, en el que a partir de la muerte de su adorada compañera, pasando por trágicos sucesos posteriores, llegaremos a las indecibles amarguras de sus últimos tiempos.

Como se rompe un alma, pudiera titularse ese estudio, con el subtítulo de *Como un alma rota aniquila un cuerpo joven y fuerte.*

Desvarío, señor director, me doy cuenta de ello, pensando en aquel, más que amigo, hermano en el espíritu, con quien compartí *solamente* sus dolores, sus amarguras, sus tristezas, sus decaimientos frente al humano egoismo y la humana ingratitud.

Yo quisiera laudarle en la forma corriente y acostumbrada; hacer un artículo necrológico ajustado a patrón; lleno de frases retóricas y convencionales, merecedoras del público aplauso; pero ni sé, ni puedo, ni quiero hacer eso, que para mí es profanación de mi propio, hondo y sincero dolor.

Quédame un consuelo que la fé me proporciona. El alma augusta del amigo llorado vive, existe, no puede perecer, y hágome yo la ilusión de que comunico y he de comunicar con ella, con mudo pero luminoso lenguaje, para decirle yo que perduran las miserias terrenas y para contarme él sus éxtasis producidos por la directa visión en la realidad de aquellas espléndidas y sublimes creaciones que fulguraron en su cerebro y hechas ideas cayeron como polvo luminoso en el perfecto molde de sus rimas.

ANTONIO AGUILAR
(El *Diario de Córdoba*).

—

En breve espacio de tiempo ha perdido España varias personalidades literarias importantes. A un crítico y poeta como Balart; a un novelista y crítico, maestro de la prosa castellana, como Valera; a literatos y periodistas como Valero de Tornos y Lustonó, sigue en el triste camino Manuel Reina, poeta andaluz de fantasía brillante, evocador de imágenes deslumbradoras, para quien el lenguaje rimado parecía el lenguaje más natural.

Era un verdadero poeta Manuel Reina, porque lo será siempre todo el que posea, en el grado que él lo poseía, el arte de embellecer las cosas. No llegaba a nuestro espíritu por el sentimiento y la ternura, pero metiéndose por los oidos con la música de sus estrofas las llenaba de expresiones magníficas, de sonoridades y de efectos encantadores.

Su poesía tenía un sello especial. A los pocos versos se adivinaba al autor. Deja varios libros justamente celebrados, figuando entre ellos *La Vida Inquieta, La Canción de las Estrellas* y *El Jardín de los Poetas.*

(El Liberal, Sevilla).

—

El telégrafo nos ha participado la triste noticia del fallecimiento de D. Manuel Reina.

Nació este ilustre poeta en Puente Jenil el 4 de Octubre de 1856.

A los diez y seis años escribía ya bellas composiciones poéticas, inspiradas, originales, con estilo propio.

El gran colorista andaluz esculpía sus estrofas con cinceles aúreos y sobre crujientes sedas trazaba paisajes y figuras de dibujo y coloridos maravillosos con invencibles pinceles de luz.

(Andalucía Moderna, Sevilla).

—

Según comunica el telégrafo, ha fallecido en Puente Jenil, su ciudad natal, el notable poeta Manuel Reina, que había empezado a darse a conocer desde muy joven adquiriendo progresiva fama.

Manuel Reina figuró algunos años en política, pero contrariedades sufridas le indujeron a retirarse a la apacible tranquilidad de su hogar, donde vivía con holgura, en linda casa de campo, llena de recuerdos y primores artísticos.

Allí había sacudido la melancolía que durante algún tiempo embargó su alma y de que daban señal confidencias sinceras de *La Vida Inquieta:*

«hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
el alma del poeta...»

Serenado su espíritu, su musa había vuelto a la expansión de los primeros tiempos, desbordándose su fantasía, dice un admirador suyo, «en esplendideces de triunfante primavera».

(Diario de Cádiz).

—

Telegráfica.

Puente Jenil 11.

En la madrugada de hoy ha fallecido, casi repentinamente, víctima de un colapso cardiaco, nuestro gran poeta y diputado a Cortes por este distrito D. Manuel Reina Montilla.

Creyéndose en un principio que aquello fuese un ligero

desvanecimiento, fué avisado el médico de cabecera, quien confirmó la muerte de nuestro paisano.

La noticia cundió rápidamente por toda la población. Todas las campanas del pueblo doblan por el finado y se celebran misas de cuerpo presente.

D. Manuel Reina Montilla es uno de los hijos ilustres que perpetuan el nombre de la provincia de Córdoba.

(La Monarquía, Cádiz).

—

Manuel Reina ha muerto. En los diarios de Madrid leemos, poseidos de honda pena, la noticia de esta grande pérdida de las letras. Y ha muerto, arrebatado a la vida en la ópima, en la plena sazón de sus talentosas facultades.

Manuel Reina rindió tributo a la política. Pero no era en el Parlamento donde adquirió su gloria, ni es el *Diario de Sesiones* donde su nombre se engrandece. Manuel Reina nació, vivió y murió poeta, y como poeta luminoso, vibrante, original en sus inspiraciones, le juzgará la Patria.

Su labor no es muy larga, pero sí muy selecta. Sus libros son exuberantes de color, ricos de fantasía, ardorosos de estilo, lujosos, inspirados, brilladores. Manuel Reina era el cantor de las gemas, de los colores y del sol.

Sus estrofas vuelan en los labios de todos los españoles que saben leer versos, y todos los periódicos de España las han publicado y reproducido infinidad de veces.

(El Cronista, Málaga).

—

Manuel Reina.

Ha muerto en Puente Jenil este inspiradísimo poeta, de elevadas concepciones, de brillantes y rotundas estrofas. Con su muerte pierde la lírica uno de sus más celebrados cultivadores.

Era casi un niño, pues apenas contaba diez y ocho años, cuando se dió a conocer en las columnas de *La Epoca* con

unos versos titulados *La Poesía,* que le abrieron las puertas de la fama. Poco después, y cuando el autor no había cumplido los veinte años, publicó su primer libro *Andantes y Alegros,* que confirmaron el juicio que la crítica había formado del nuevo poeta. Confirmóse con *Cromos y Acuarelas* y *La Vida Inquieta,* páginas publicadas anteriormente y en las que aparece el vigor, la brillantez y el alto sentido de la forma de Manuel Reina.

Sus excelentes prendas de carácter le hacían en extremo simpático a cuantos le trataron.

(*Las Provincias,* Valencia).

—

Telegráfica.

Córdoba 11.—A la hora en que telegrafío, 1,45 de la tarde, acabo de recibir un telegrama de Puente Jenil, participándome la triste noticia del fallecimiento del inspirado poeta D. Manuel Reina, diputado a Cortes que era por el distrito de Lucena.

Una aguda dolencia agravada en la última semana, ha sido la causa de la defunción.

La muerte del Sr. Reina ha producido honda pena en el vecindario de Puente Jenil, donde gozaba de grandes simpatías por su caballerosidad, trato afable y vasta cultura, que hacía su conversación muy amena.

La prensa de Córdoba publica sentidos artículos necrológicos.

La última poesía del Sr. Reina fué publicada el martes en el *Diario de Córdoba,* con motivo del centenario del Quijote.

(*La Atalaya,* Santander).

—

Frescas aún las lágrimas vertidas por la poesía castellana, con motivo de la muerte de hijos tan preclaros como Valera y Balart, nuevamente el llanto afluye a los ojos, para llorar otra pérdida irreparable que dejará hondo vacío en las letras patrias: la de Manuel Reina, el vigoroso

e inspirado poeta cordobés, fallecido allá en su retiro de Puente Jenil, cuando aún su númen se conservaba lozano y fecundo.

Como su paisano el inolvidable autor de *Pepita Jiménez*, Manuel Reina, dedicó las últimas vibraciones de su lira de oro, a cantar las exquisiteces de esa obra que ha inmortalizado en todo el universo el nombre de Cervantes.

Si la cruel dolencia que le ha llevado al sepulcro no le ha permitido llegar a una edad avanzada, no por eso han dejado de ser abundantes y ricos los frutos de su viril inspiración.

Fué un gran cantor de la Naturaleza, cuyos encantos pintó de un modo vibrante, al par que delicadísimo y dulce, haciéndose distinguir siempre por el sentimiento poético de que impregnaba sus composiciones, por la riqueza de color con que las matizaba y por su virilidad y energía en las descripciones.

También fué inspirado cantor de las costumbres de su tierra, de la riente Andalucía, cuyo sol y cuyos paisajes habían llevado a la paleta de Reina brillantes e inmarchitables colores.

Aunque fué senador y diputado, la política no distrajo grandemente a Manuel Reina de su amor a la poesía, por lo que puede decirse que el autor de *Las Bodas de Don Quijote y Dulcinea* fué siempre rendido y fiel amante de la hispana poética.

DR. A. MORAIS.

(El Guadalete, Jerez de la Frontera).

Ha dejado de existir en Puente Jenil el brillante poeta andaluz D. Manuel Reina, tan conocido y admirado de todos los adoradores de la forma poética en España.

El ilustre escritor militaba en política en las filas del señor Maura, y era actualmente diputado a Cortes por el distrito de Lucena.

Manuel Reina era un poeta colorista de gran inspiración. Pocos merecieron con tanta razón la adjetivación de brillante.

Las Musas pierden con su fallecimiento un cultivador muy notable.

(*El Mediterráneo,* Cartagena).

—

El telégrafo nos da la triste nueva de que Manuel Reina, el poeta de las rimas brillantes, llenas de color y de luz, de alma helénica, ha muerto. Era Manuel Reina enamorado ferviente de la gracia griega; en sus poesías, vino añejo en ánforas nuevas y delicadas, resplandecía el sol de las tierras cálidas, y bañábalas con gráciles ondulaciones la gentil y serena alegría pagana. Era un enamorado de los jardines de los poetas, de esos atrios espirituales en que cada uno dejó su violeta azul, y supo en sus versos galanos y floridos sorprender las bellezas eternas de los paisajes de otros tiempos, de las primaveras olvidadas.

Pertenecía a la escuela colorista, pero, como Musset, bebía en su copa, una de Anacreonte coronada de flores alegres y de licor irisado.

Otro poeta más que cae. Descanse en paz.

(*Germinal,* Cartagena).

—

Conferencia Telegráfica.

Madrid 11.—Comunican de Puente Jenil que hoy ha fallecido en dicha localidad el notable poeta y diputado a Cortes por Lucena, D. Manuel Reina.

Su muerte ha sido sentidísima en todos los círculos literarios de la corte, en los cuales gozaba de generales simpatías y respetos el ilustre autor de *La Vida Inquieta.*

Colaboró durante muchos años en *La Ilustración Española y Americana,* siendo muy elogiados sus trabajos por lo delicado de su forma y el vigor y brillantez del pensamiento.

Con la muerte de Reina la poesía pierde uno de sus más decididos y reputados campeones.

Martín Fernández
(*El Norte de Castilla,* Valladolid).

APÉNDICE II

HOMENAJES LIRICOS AL POETA

MANUEL REINA

A MANUEL REINA

(Con motivo de la publicación de su libro «La Vida Inquieta»).

Oye y perdona, esclarecido ingenio,
esta débil canción ¡Cuan vigorosos
a tí llegaran sus vibrantes sones,
desde la vieja Egabro, si a mi númen,
siempre abatido, cuando no infecundo,
hoy le valiera, en su anhelante esfuerzo,
tu generoso estímulo! Mil veces
feliz el que, admirando agena gloria,
resiste a la ansiedad de celebrarla,
y en vez de torpes, trabajosos ritmos,
calla y admira.
                    Mantener quisiera
silencio tan augusto: ese silencio
que es el aplauso del varon prudente.—
Mas ¡ah! que es la prudencia, ilustre amigo,
soberana virtud. ¿Como lograrla
en la edad del vapor y de la mofa,
edad de sempiternos habladores?
  Es virtud ideal; está por cima
Del Pindo excelso, y a gozar su influjo
apenas llegan las deidades...—¡Como
han de inspirarla, pródigas, a tanto
denodado cantor, a tanta musa
de necio gusto, de dulzura artera,
de entusiasmo pueril, de servilismo

que halaga las pasiones al amparo
del arte y el amor..., mientras corrompen
de las almas el plácido lenguaje,
y de vergüenza y de ignominia llora
la humana dignidad que se consume
cual mustia virgen en rubor ardiendo.—
¡Cómo aspirar al don de la prudencia,
virtud tan encumbrada! ¿Quien asciende,
por artificio, á su región?—Los cielos,
en donde acaso para siempre mora,
no se conquistan por icaria industria.—
Más, perdóname, si; pues, harto débil,
a tan graves temores no resiste
mi arrebatado espíritu.—Que adustos
los dioses, con justicia, me despeñen
al escalar, sacrílego, las cumbres
de su eterna mansión, solo asequibles
del claro genio a las potentés alas:
que humillen de una vez esta osadía
—quizá soberbia—si a piedad no mueve
los soberanos divinales pechos
la admiración que mi arrogancia esconde.
 Abro tu libro; y a mi absorta vista,
cual si el fulgor de meridiana lumbre
le sorprendiera, mágico se ofrece
de tus ensueños el dorado alcázar.
 ...*¿Quién es aquesta dama* generosa
que en el pórtico está? ¿Quien es la bella
que, con amigo labio, solicita
los nobles versos del cantor?—Induce
nuestras almas al bien; y sus decires,
más blandos y armoniosos que las ondas
del Jenil, en las noches estivales,
a un tiempo nos deleitan y suspenden.
Ella es tu musa, venturoso bardo;
ella que, por tu voz, habla el poeta
y le invita a cantar. ¿Quien a su ruego,

fiel no se rinde?—Gratitud merece
tan desusada invitación. Los hijos
de nuestra edad incrédula, a porfía
debieran acudir al llamamiento
que dignifica y engrandece el alma;
el alma, sí, que, esclavizada, gime,
engañando las sórdidas torturas
que la devoran, al bestial arrullo
del vil positivismo; al estridente
sonreir de la cruel indiferencia,
o de la duda al pregonero alarde
que hiela el corazón.
Honor y gloria
doquier repitan, en solemne canto,
los plectros a tu musa. Sus loores
acallarán el hervidero impuro
del cráter que tragarnos amenaza.
Loores, pues, a la celeste diva
que nos induce a redentora empresa.
Ella viene en mi auxilio; y, deponiendo
la majestad que a mis profanos ojos
deslumbraría, como dulce hermana
que en el amor y en la piedad se escuda,
descorre al punto, con su leve mano,
de mi ignorancia el velo, y me presenta
de tu libro la fábrica admirable.
Desde el rumor que en las serenas horas
del suspirado abril, tierno producen
las béticas alegres serenatas,
hasta el grito de horror con que aguardamos
la ola negra, terrible, silenciosa,
que avanza sin cesar..., todo en tu libro
es humano y es grande. Bien mereces,
al par que láuro, gratitud. Ni aquella
de mal sañosa prole, con encono
te mirará; que la justicia mueve
el látigo tremendo del castigo

cuando lo empuñas en tu honrada diestra.
No de otra suerte se impondrá a su tiempo
el vate acusador, ni otra es la ruta
que, al ascender a la eminente gloria,
trazaran Jovellanos y Parini.
Tu la recorrerás; tú a las ciudades
sus vergonzosas llagas les descubres
con franca valentía, y les ofreces
de la verdad en el luciente espejo
la imagen fiel de tan siniestro cuadro.
No importa que, justísimo, el castigo
hiera al culpable. Siempre en lo profundo
de todo pecador, se alza un momento
la aborrecida sombra de la culpa,
y es entonces, dulcísima esperanza
la expiación saludable del pecado.
Todo es grande en tu libro; yo venero
tu gloria en él, y a los floridos valles,
donde apacible se meció mi cuna
consagro la alabanza de tu nombre.
Aquí resonará; que mis hermanos,
propicios al amor de la belleza,
el alma ofrecen a su hermoso culto.
¡Ojalá que los pueblos más remotos,
de este amor encendidos en la llama,
doquier pregonen tu gloriosa fama!

V. Toscano Quesada.

A MANUEL REINA

(Con motivo de la publicación de su libro «El Jardín de los Poetas»).

Su musa es la beldad que a nuestro pueblo
anima esplendorosa; y los cantares
que, en las serenas andaluzas noches,

arranca a su laud, dulces nos hieren
como el rumor del amoroso acento.
Horacio del Jenil, su canto inspira
en las regiones fértiles que surcan
las divinales ondas;
celebra las virtudes
del corazón que resistir consigue
todo ambicioso estímulo, gozando
la paz de una dorada medianía.
Cual émulo de Píndaro,
de su aurísono plectro nos seducen
las férvidas canciones;
y renovando, con robusta frase,
el patrio afán en los viriles pechos,
esperanzas de gloria nos infunde.
Llevado de su amor, digno tan solo
de un alma excelsa, cultivó los láuros
con que ceñir las sienes
de los egregios vates
a quien la culta humanidad aclama.
¡Gloria al varón, modesto en su gradeza,
que, las extrañas frentes coronando,
inmortaliza su feliz renombre!

V. Toscano Quesada.

EN LA MUERTE DEL POETA

A Manuel Reina.

Aurea copa cincelada
que en su seno contenía
cuanto presta a la poesía
brillo, frescura y color.
Eso fué, para tu gloria,
el Númen resplandeciente

que en la pira de tu frente
puso el Supremo Hacedor.

—

Ora jocundos o tristes,
tratando asuntos diversos,
siempre imprimiste a tus versos
galanura sin igual.
Y sonoros resbalaban
del iris con los cambiantes,
cual cascadas de diamantes
en un vaso de cristal.

—

Tuviste el don peregrino,
por ello ciñendo palmas,
de sumergir nuestras almas,
en torbellinos de luz;
porque tus versos tenían,
al par que aromas de flores,
los deslumbrantes fulgores
del claro sol andaluz.

—

De este sol de regia lumbre,
que, al calor de su destello,
el culto a lo grande y bello
despertó en tu corazón:
De este sol, foco de vida,
que, al besarte dulcemente,
encendió en tu noble frente
volcanes de inspiración...

—

Y ahora que tu egregio Númen
se alzaba triunfante y fuerte,
¡caes, vencido por la Muerte,
en la sima del no ser!
¡Cayó el atleta; y su lira,
rica en mágicos sonidos,
no embriagará mis sentidos
con nostalgia de placer!

—



La tumba del Poeta

en el Cementerio Católico de Puente Jenil.

Pero si muere el poeta
que cautivó corazones
con sus hermosas creaciones,
refulgentes como el sol,
mientras que rindamos culto
a lo bello y lo agradable,
será su nombre imborrable
en el Parnaso español.

MIGUEL JOSÉ RUIZ.
(Diario de Córdoba).

HOMENAJE A MANUEL REINA

El regalado ritmo de tu estrofa
llegó a mi corazón, noble poeta,
grabando en él con su buril de fuego,
la música y la luz y los colores
de nuestra esplendorosa Andalucía.
¡Oh, qué inefable gozo invade al alma
con la dulce *Canción de las Estrellas,*
donde palpitan todos los rumores
de la tierra natal, y luminosos,
cual bandada de nítidas palomas,
surgen aleteando los recuerdos
de tu alma soñadora, noble y pura!
¡Cuanto debe a tu musa rutilante
el angustiado pecho que aquí gime
entre el insano estruendo de la corte,
que enerva, oprime y aniquila y mata!
Ella a purificar llega el ambiente,
cargado de los béticos perfumes,
y a iluminar los grises horizontes
con la luz de aquel sol por cuyas hebras
llega al humano corazón la vida
y a la mente su fuego generoso.

El aura embriagador de aquellos campos
que cantas, con arpegios de las aves,
se aspira delicioso en la lectura
de tus brillantes versos, que derraman
en cascadas de lumbre la poesía.
Por ellos pasan, en tropel radioso,
esparciendo perfumes y colores,
las rosas de los cármenes floridos
de la oriental Granada, que en las ondas
de plata del Jenil van a tus lares
a coronar la frente de tu musa.
Ellos llevan espumas y rumores
del mar que deja su inocente beso
—como en los piés de la Citérea Diosa—
en la playa feliz de la Caleta,
y el dejo dulce de los zumos gratos
del moscatel purpúreo que circula
de Málaga la bella por las vides.
El himno triunfador que entona el Bétis
al derramar sus aguas cristalinas
al pié de limoneros y naranjos,
que festonan, a guisa de guirnalda,
la túnica de luz y palmas de oro
con que Sevilla la sin par se viste;
y los puros olores de la sierra,
atalaya de Córdoba, vigía
de los ricos pensiles andaluces.
¡Todo, todo va en ellos, la amorosa
canción de la guitarra que suspira
cabe los hierros de moruna reja,
y las arrulladoras serenatas
con que alegran los dulces ruiseñores
las deliciosas siestas de la umbría;
la mujer luminosa como el astro,
—y el ático galán gallardo y fiero;—
de la alondra impaciente el dulce trino
al alba, ante el incendio de la aurora

y el fuego de la lumbre meridiana,
y los tules opacos del crepúsculo,
y el inquieto brillar de las estrellas,
y las luces de plata de la luna!
¡Ah, que en tu lira de oro vibran todos
los acentos dulcísimos que cantan
el himno a la inmortal Naturaleza,
y al iris le robaste los colores
que bullen fulgurantes por tu estrofa
como el crisol hirviente los metales!
¡Salve! ¡Salve, poeta, que tu musa
vierte la rica luz en que se envuelve
—disipando las brumas del espíritu—
sobre el alma avarienta de alegría,
y anuncio de esperanza seductora
incendia el corazón y alumbra el suelo
con los brillantes rayos de la aurora!

J. Jurado de la Parra
(El Defensor de Córdoba).

A la venerable memoria del ilustre poeta

MANUEL REINA

El lírico eminente, el vate incomparable,
amigo nobilísimo, leal, sincero, afable,
traspuso de la tumba el hórrido dintel.
Su musa está callada, su lira ya no suena,
su acento, ayer tan dulce, tampoco ya resuena,
que a todo puso el hado un término cruel.

—

Cantó siempre inspirado por férvido entusiasmo;
jamás manchó su pluma la burla ni el sarcasmo;
amor solo y ternura le inspiran su bondad,

y llóranle sus hijos, le lloran sus hermanos,
al cielo levantando las suplicantes manos,
y llórale este pueblo y todos han piedad.

—

Más si la muerte impía su voz enmudeciera
trocando el aúreo estilo, la imagen hechicera,
en crudo desconsuelo, en llantos y dolor,
nos queda de sus obras divina la armonía;
de versos inmortales la dulce melodía,
que siempre me inspiraron admiración y amor.

Leopoldo Parejo
(El Defensor de Córdoba).

LA MUSA TRISTE

A la memoria de Manuel Reina.

La Musa está triste, de luto vestida.
Sus ojos son fuentes copiosas de llanto.
No hay nadie que cure piadoso su herida,
ni un alma que endulce su amargo quebranto.

La noche serena de Mayo florido
su grato recuerdo de amor resucita,
y sueña su alma que el fiel prometido
acude risueño y amante a la cita.

¡Delirio que forja su cándido anhelo!...
El giro voluble, traidor, de la suerte,
la sume en horrible, fatal desconsuelo:
¡despierta del sueño y encuentra a la muerte!

La lira está muerta: ¡la lira de oro
de cuerdas sensibles! ¡Ha muerto el Poeta
que vibrar la hacía con ritmo sonoro
en los bellos cantos de «La Vida Inquieta».
....

Apaga el crepúsculo sus cárdenas luces,
y en una penumbre de obscuro topacio,
los brazos piadosos que extienden las cruces
destaca la torre que hiende el espacio...

El Jenil fecundo murmura doliente
del fiero abandono la triste sonata,
y forma en los giros su altiva corriente
corona con albos matices de plata...

MANUEL MONTERREY.

En la sentida muerte

de mi querido e inolvidable amigo

MANUEL REINA

Trovadores llorad! El gran poeta,
el eminente lírico, ha lanzado
su suspiro postrer. ¡Una flor menos
aroma ya el Jardín de la Poesía!
¡Oh deslumbrante bardo! De tu mente
—genial y poderosa—se ha extinguido
la ardiente llama. Y las doradas cuerdas
de tu laud magnífico se han roto,
al caer tu cuerpo en el sepulcro helado!
¡Ya no hendirán los aires tus canciones
más dulces que la miel de los panales!
¡Gimiendo están las pálidas estrellas
por su noble cantor! ¡Y en los verjeles
deshojándose están todas las flores!...

Ya tu adorado pueblo bendecido,
«cual pandereta alegre y bullicioso»
hase trocado en cementerio triste!

¡Oh rey de los poetas! Toda España
ha de sentir tu muerte, que ha llenado
de pesadumbre el literario mundo!

¡Llorad! ¡Todos llorad! flores y aves:
¡Que ha muerto el ruiseñor más melodioso!
¡El insigne cantor de los cantores!

EDUARDO DE ORY.

(En el primer aniversario de su muerte).

Hoy se cumple el primer aniversario de la muerte de Manuel Reina, una de las pocas glorias literarias que iban quedando a Córdoba; del poeta eximio que vaciaba sus hermosos pensamientos en áureas estrofas llenas de luz y vibrantes de armonía.

Cerebro pletórico de sublimes ideales, corazón henchido de nobles sentimientos, númen privilegiado, fantasía exuberante, alma de niño, todo eso reunía aquel perpetuo enamorado de la belleza, que al morir dejó un vacío inmenso en el Parnaso español.

Por eso hoy es día de luto, día de tristes recuerdos para cuantos se interesen por la vida intelectual de la *patria chica* y para los amigos del inolvidable autor de los *Poemas Paganos,* que éramos todos los que teníamos la fortuna de tratarle.

El Diario de Córdoba, al llegar esta fecha, dirije una plegaria al altísimo por el alma del ilustre vate y reitera a su familia el pésame más sincero.

En el primer aniversario de la muerte del Poeta.

NON OMNIS MORIAR

A la memoria del egregio
poeta Manuel Reina.

I

Se ha tronchado la palmera
que, gallarda,

alzaba al cielo su copa
triunfando de las borrascas.
—
Ya no encuentra el caminante
sombra grata
al pié del verde abanico
de la vencedora palma.
—
Alondras y ruiseñores
en las ramas
no desgranarán las perlas
de sus dulces serenatas.
—
Cayó la noble palmera
fulminada;
cayó soberbia y augusta
con majestades de estatua.
—
Pasó su hermosa existencia
rauda, rauda,
como las aves del cielo
volando, volando pasan.

II

Muda, polvorienta y triste
yace el arpa,
aquel arpa cuyas cuerdas
eran pedazos del alma.
—
Ya no vibrarán sus notas
inspiradas,
cantando gloriosos himnos
a las grandezas humanas.
—
Ya no más alzará endechas
de alabanza
a los genios, a las musas
y a las épicas hazañas.
—

Aquella música dulce,
dulce y blanda,
se ha extinguido para siempre
entre unas manos crispadas.

—

Pasó por la vida el Genio
como pasan
las naves que fugitivas
surcan los mares de plata.

III

Cesó de latir el pecho,
voló el alma
y el gran orfebre del ritmo
se alejó buscando patria.

—

Encontró en *La Vida Inquieta*
pena amarga,
y un *Rayo de sol* ardiente
le brindó postrer mortaja.

—

La Canción de las estrellas
argentadas,
arrulló sus funerales
con arrullo de nostalgia.

—

Como el héroe que reposa
tras lid brava,
duerme el soberano artista
bajo *La Selva Sagrada*.

—

Pasó como, por la tierra,
raudas, raudas,
las sombras de los crepúsculos
vuelan, se esfuman y pasan.

—

....

La tierra volvió a la tierra
que es su patria;
más, apesar de la muerte,
sigue triunfando la palma,
sigue cantando el Poeta,
sigue resonando el arpa,
pués, mientras viva en el mundo
la hermosa lengua de España,
con las estrofas del Genio
vive en nosotros su alma.

M. R. Blanco Belmonte.
(Diario de Córdoba).

MANUEL REINA

Virgilio del Jenil: tu lira ingente
fué en el dolor recóndito templada;
y resuena su cántiga argentada
como raudal magnífico y bullente...

Tu musa es una ondina de esplendente
seno redondo y faz inmaculada;
tiene el fuego en su célica mirada
y corona inmortal brilla en su frente.

Bajo el ardiente sol de Andalucía
lírico ruiseñor, tus dulces trinos
te hacen triunfar cual triunfan los atletas;

que en el ritmo sin par de tu elegía
vierte tu inspiración sus peregrinos
cantos en el *Jardín de los poetas.*

Enrique Vazquez de Aldana.

HOMENAJE

a la memoria del inmortal poeta Manuel Reina.

Llorad! Todos llorad, aves y flores,
a vuestro amado, a vuestro gran poeta,
al que tuvo por lira una paleta
coronada de vivos resplandores.

Al que formó, con mieles y colores
y con ritmos de lira y pandereta,
ese libro inmortal: *La Vida Inquieta*,
tropel de melodiosos ruiseñores.

Has muerto en Mayo, en el mes riente,
en luz y aromas, como tú, fecundo,
y, al extender hacia el azul el vuelo

cual ruiseñor magnífico y doliente,
*¡deshojóse una flor aquí en el mundo
y un nuevo luminar brilló en el cielo!*

EDUARDO DE ORY.

APÉNDICE III

POESIAS DE MANUEL REINA

NO COLECCIONADAS EN SUS LIBROS

LA ALHAMBRA

Los cármenes.

Brisas, flores perfumadas,
arroyos murmuradores,
altas bóvedas, formadas
por ramas entrelazadas;
luz, ambiente, ruiseñores;
Claras fuentes, aura leda,
esplendorosos paisajes,
verde y frondosa arboleda,
césped de brillante seda
y transparentes celajes.
La sonora catarata
luce preciosos colores,
y ligera se desata,
entre márgenes de flores,
como una cinta de plata.
En los árboles gigantes,
sobre el precioso tesoro
de hojas verdes y brillantes,
el sol, arco de diamantes,
despide flechas de oro.
Y entre aquellas enramadas
se ven sombrillas bordadas
de pájaros y de rosas,
que ocultan caras de diosas
y ojos de ardientes miradas.

Los ruiseñores.

Alegre está la selva; ya luce la mañana
su túnica de encajes orlada de oro y grana;
el sol radiante asoma por el sereno azul.
Ya exhalan su perfume las peregrinas flores,
y entonan los ardientes y arpados ruiseñores
canciones a las rosas, las áuras y la luz.
A orillas de un arroyo que gime y que platea,
un ruiseñor hermoso se agita y aletea,
y lanza al raudo viento dulcísima canción.
Al punto de las verdes y alegres enramadas
los ruiseñores salen, cual flechas disparadas,
y en derredor se posan del pájaro cantor.
Después cruzan ligeros la atmósfera radiante,
y entonces el espacio semeja un chal brillante
bordado de aves negras con pico de marfil;
Y sobre las agujas y cúpulas de oro
del árabe palacio, formando dulce coro,
los tristes ruiseñores se paran a gemir.
....
¿Serán los ruiseñores las almas de los moros
que sobre los perdidos espléndidos tesoros
de la divina Alhambra concurren a llorar?
¡Quien sabe! En su doliente, sonora melodía,
mi corazón escucha tristísima elegía,
endechas melancólicas y lúgubre cantar.

Las cascadas.

Son las arpas grandiosas de los bosques;
olas rugientes de bruñida plata;
los collares de perlas que rompieron
las odaliscas al dejar la Alhambra;
el luminoso espejo de las aves;
melodioso raudal de tristes lágrimas;
rica y esplendorosa pechería,

que en verde estuche sus fulgores lanza;
la espuma de aquel vino que el rey moro
en copa de diamantes escanciaba,
y un cántico de amor, cuyas estrofas
en sonoro cristal brotan labradas.

El palacio árabe.

Es un sueño fantástico y sublime;
urna de primorosa filigrana;
el fondo de brillantes acuarelas;
ramo divino de azucenas pálidas;
el alcázar de perlas y cristales,
nido de las sirenas y las hadas;
preciosa lira de marfil y oro;
la calada y gentil mantilla blanca;
lujosa y esplendente joyería,
y la inmortal leyenda de la Arabia,
escrita en ricas páginas de mármol
en bellos caracteres de oro y grana.

¡Amor!

Cuando la primavera esplendorosa
ostenta su ropaje brillador,
en la Alhambra feliz y deliciosa
todo respira amor.

La hoja verde que oscila y que fulgura,
el arroyo, el arpado ruiseñor,
la fuente de cristal..., todo murmura
un cántico de amor.

El arco de preciosa filigrana,
el calado y vistoso mirador,
las inscripciones de zafir y grana
están diciendo: ¡Amor!

En la Alhambra feliz y deliciosa,
ese cielo de luz y de esplendor,
se oye una voz que dice melodiosa:
¡Amor, amor, amor!

EN EL CENTENARIO

DE CALDERON DE LA BARCA

Como el cisne, que al rizar
las ondas de azul y plata,
deja nacarada estela
sobre las brillantes aguas,
al rozar mi frente el Arte
con sus diamantinas alas,
deja en mi mente la estela
de la inspiración sagrada.

LAS PERSIANAS VERDES

I

La casa parece un nido
formado con plumas blancas,
delante de ella una fuente
suspira murmura y canta,
cual si escondiera una ondina
bajo sus ondas de plata.
En torno del blanco nido
da el azahar su fragancia;
las flores de los granados
resplandecen como llamas;

las amapolas sonríen
con sus labios de escarlata,
y formando fresco toldo
se yergue la hojosa parra,
cuyas sombras, en la tierra
que el sol dora y abrillanta,
fingen negras mariposas
en áureo tapiz bordadas.
Flores, árboles y fuentes,
el corazón me embriagaban;
pero donde tuve un tiempo
siempre fija la mirada,
era en las persianas verdes,
que, cual joyel de esmeralda,
ornan la frente serena
de la deliciosa casa.

II

En las mañanas de Mayo,
transparentes y doradas,
cuando el sol, besos de lumbre
daba a las verdes persianas,
tras de éstas yo descubría
—como entre las esmaltadas
varillas de un abanico—
una forma esbelta y vaga
de mujer; las puras líneas
de un noble cuerpo de estatua;
unos ojos africanos
y una vestidura blanca.
¡Era la deidad, la virgen
de mis ensueños, el hada
inspiración de mi mente
y tormento de mi alma!
Yo al punto la descubría:
sus bellas manos de nácar

entre las persianas verdes
alguna vez blanqueaban,
como dos níveas palomas
revolando entre las ramas.
Por eso yo discurría
en derredor de su casa
eternamente mirando
aquellas verdes persianas.

III

¡Cuantas noches de tormenta
en que la lluvia lloraba
como lira de cristal
o madre desconsolada,
y cuantas noches risueñas,
esplendentes y diáfanas,
lleñas de luz y perfumes
lloré al pié de su ventana
mis cuitas y mis pesares,
al son de dulce guitarra!
Los cantares y las notas
por los espacios volaban,
y con sus alas de oro
llamaban a las persianas,
pero éstas mudas seguían,
y como siempre cerradas!
A veces tiernos suspiros,
salían de la ventana,
a veces vieron mis ojos
una bella mano blanca
disponiéndose ligera
a abrir las verdes persianas.
¡Todo era ilusión! La brisa
los suspiros imitaba;
y un tibio rayo de luna
era la mano de nácar.

IV

Una noche de verbena,
noche hermosa y azulada,
en que en mares de armonías
la atmósfera se bañaba,
al divisar yo, anhelante,
las paredes de su casa,
encontré ¡oh júbilo! abiertas
de par en par las persianas.
Me aproximé y ¡ay de mí!
en el fondo de la estancia,
sobre un féretro luciente,
forrado de seda blanca
y tachonado de estrellas,
vi el cadáver de mi amada
alumbrado por blandones
amarillos, cuyas llamas,
al sacudirlas el céfiro,
palmas de oro semejaban.

....

Esa noche tan alegre,
tan esplendorosa y clara
¡cuanta tristeza y negrura
arrojó sobre mi alma!

....

Han pasado muchos años,
y aún se me llenan de lágrimas
los ojos, cuando contemplo
aquellas verdes persianas.

LAS NOCHES DE ANDALUCIA

Nada hay tan rico en poesía,
ni que mitigue las penas
con su encanto y alegría,
como las noches serenas
de la hermosa Andalucía.

—

Hay en el cielo esplendores;
música de ruiseñores
en los pomposos jardines,
y en los espacios olores
de claveles y jazmines.

—

Las lagunas transparentes;
los mares de azul y plata;
los dulces besos crujientes;
las cúpulas relucientes
y la bella serenata.

—

Patios llenos de frescura
en que la gente murmura
bajo el frondoso parral,
al son de la linfa pura
de la fuente de cristal.

—

La pareja enamorada
que, en la alta noche callada,
murmura un canto de amor
en el verde cenador,
o en la reja perfumada.

—

La deliciosa verbena
con sus vinos, sus amores,
sus famosos cantadores
de agraciada tez morena,
y sus globos de colores.

—

Las barcas, nidos flotantes
de pescadores y amantes,
que van dejando, al pasar,
sobre el luminoso mar
una estela de diamantes.

—

La alegre buñolería,
en que lucen las graciosas
gitanas su gallardía,
sus bucles llenos de rosas
y su ardiente fantasía.

—

Y los risueños terrados;
el tierno cantar sonoro;
los verdes y húmedos prados;
los aires embalsamados,
y las estrellas de oro.

—

Todas las cuitas y penas
huyen ante la poesia,
perfumes, luz y alegría,
que hay en las noches serenas
de la hermosa Andalucía.

EL POETA DEL SIGLO XIX.

¡Los tiempos son de lucha!
(Núñez de Arce).

Cantor, despierta; el siglo te reclama:
su dorado clarín de voz sonora
al palenque te llama
del pensamiento. ¡Ya sonó la hora
de luz y libertad! ¡Todo ha cambiado!
El tiempo de las sombras ha pasado;
la Arcadia está desierta;
la fé en el pecho muerta,
y el Olimpo se ha roto y desplomado!

Cantor, despierta; aparta las miradas
de los despedazados torreones,
teatros de las viejas tradiciones
de espectros y de hadas,
de pajes, castellanas e infanzones.
Mira de cara al sol: sus llamaradas
incendien tu cerebro, en él quemando
locas preocupaciones.
Cantor, despierta: en tu valiente lira
suene el airado grito de la guerra;
del soberbio cañón el estampido;
las grandes convulsiones de la tierra;
el golpe y el crugido
de la ruda piqueta destructora,
y el potente silbido
de la ráuda y gentil locomotora!
Ve a la Cámara, al Club y al Ateneo,
y respira su atmósfera encendida;
contempla en el brillante Coliseo
la horrorosa batalla de la vida.
Baja al taller, de inspiración tesoro,
donde entonan las máquinas sublimes
un cántico sonoro,
fija en la tempestad del Parlamento
la serena mirada;
allí truena la voz, y el pensamiento
hiere y deslumbra cual desnuda espada!
Cantor, despierta; en tu grandioso canto
retumbe el huracán de las pasiones,
y los roncos torrentes
de las luchas titánicas presentes,
y el inmenso rumor de las naciones!
Marque el ardiente rayo de tu ira
la abominable faz de los villanos;
arranca el antifaz a los traidores
y forma con las cuerdas de tu lira
látigos silbadores

para azotar la espalda a los tiranos!
La libertad, la libertad sagrada,
tu bandera ha de ser, tu noble egida:
si la ves por los suelos desgarrada,
hermano, por salvarla, da la vida!

LA FUENTE ROTA

¿Ves esa antigua y primorosa fuente
en mármol florentino cincelada,
obscura por los años y quebrada
por una mano bárbara y potente,

vertiendo el raudal puro y transparente
de su linfa sonora y plateada,
como en su alegre juventud pasada,
como en su hermoso tiempo floreciente?

Del corazón sensible y generoso
del vate ilustre, del cantor gigante,
es símbolo y perfecta alegoria:

Aunque esté el corazón triste y lloroso
y destrozado, lanzará el brillante
y espléndido raudal de la poesía!

BALADA DINAMARQUESA

Cristina, la virgen rubia,
la virgen de rosa y nácar,
resplandece como un astro
en la mansión del monarca.
En el coro de hermosuras
que alegra el soberbio alcázar,
ella es la nota sublime,
ella es la estrofa dorada.
El rey le dice:—Cristina,
te adoro con toda el alma;

dame tu amor y te entrego
mi caballo de batalla,
una silla de oro y seda
y un manto de armiño y plata.
—Haced tan ricos presentes
a nuestra reina adorada,
y dejad que me retire
¡por piedad! ¡con mi honra intacta!
—Dame tu amor, y te entrego
mi regia corona.
—Dádsela
a vuestra esposa y dejadme
¡por piedad! ¡con mi honra intacta!
—Por un beso, la mitad
te doy de mi reino.
—Dádsela
a vuestra esposa y dejadme
¡por piedad! ¡con mi honra intacta!
—Si no me entregas tu amor
te encerraré en una jaula
erizada de puñales.
—Señor, haced lo que os plazca;
los ángeles desde el cielo
verán que soy pura y casta.
Encerraron a Cristina,
la virgen de rosa y nácar,
en una jaula de hierro
de puñales erizada.
Del cielo entonces bajaron
dos bellas palomas blancas,
y posáronse en los hombros
de la hermosa inmaculada.
Solo dos níveas palomas
penetraron en la jaula,
y a poco, rasgando el aire,
tres al cielo se elevaban.

MI DÉCIMA MUSA

Es mi décima musa la esplendente,
la feraz primavera perfumada.
Oigo un plácido idilio en la cascada
y una ronca epopeya en el torrente.

Boca de fuego pura y sonriente,
es para mi la flor de la granada;
verde nido de amor toda enramada;
cielo azul el cristal de toda fuente.

Y al blando arrullo de la brisa leda
sueño con la feliz reja moruna;
el dulce beso en la floresta umbrosa;

la Alhambra; las escalas de oro y seda,
y el callado jardín lleno de luna,
donde suspira una mujer hermosa.

CANCIÓN

Con mi faja de sedas brillantes
he de hacerte un columpio, mi amada,
entre aquellos dos álamos blancos
cuyas hojas parecen de plata.

—

Con mi faja de sedas brillantes
he de hacerme una espléndida escala,
porque hablar quiero a solas contigo
por la noche en tus altas ventanas.

—

Con mi faja de sedas brillantes
he de hacerte una alfombra preciada
donde bailen tus pies primorosos
al compás de la dulce guitarra.

—

Con mi faja de sedas brillantes
haré cintas de azul y escarlata
para ornar tu garganta de nieve,
tu cintura y tus trenzas doradas.

—

Con mi faja de sedas brillantes,
si algún dia, traidora, me engañas,
te lo juro ante Dios, amor mío:
me ahorcaré de tus altas ventanas.

LA LIRA TRISTE

(De un Poema Inédito).

En mi loco cerebro de poeta
ha hecho su nido un águila;
un águila siniestra y arrogante
de poderosas alas.

—

Cuando estalla en los aires la tormenta
el ave el cielo escala,
y al huracán y al rayo desafía
con valiente mirada.

—

Ama las espantosas tempestades,
las tempestades bravas;
ya se desencadenen en la altura,
o rujan en el alma.

—

Cuando la tempestad en su caballo
de tinieblas y llamas
huye del cielo, en pos de la tormenta
baja a mi pecho el águila.

—

Y en mi doliente corazón se ceba
con implacable saña,
dejando en él las huellas de su pico
y de sus fuertes garras.

—

¡Ay! Con el corazón despedazado
y la mente agitada
voy por el mundo, sin poder librarme
del ave negra y trágica!

MUSAS ESPAÑOLAS

La de Quintana.

Es la diosa más noble y esplendente:
la libertad, la libertad sagrada
de ojos de luz y espíritu valiente,
que ciñendo el arnés y el refulgente
casco de acero, resplandece armada.

La de Espronceda.

Alma sublime; cuerpo de bacante;
amorosas y lúbricas miradas;
en la boca el sarcasmo penetrante,
y en las manos de nieve delicadas
un corazón herido y palpitante.

La de Bécquer.

Ojos verdes; la faz púdica y bella;
la rubia cabellera desatada
es el fleco dorado de una estrella;
en el pecho irradiando la centella
de la pasión: es la mujer soñada.

La de Zorrilla.

Virgen de ojos de fuego embriagadores
y dulce voz como celeste lira;

con paladines sueña y trovadores;
y asomada a los rotos miradores
del castillo feudal, canta y suspira.

La de Núñez de Arce.

Es aquella visión deslumbradora,
pero triste; brillante la mirada,
y envuelta la figura seductora
de larga y negra túnica adornada,
en una claridad, como de aurora.

La de Campoamor.

Es la jóven del siglo diez y nueve,
risueña, amante, pérfida y hermosa,
con una vestidura caprichosa,
cuyo escote gentil muestra la nieve
y el contorno del pecho de una diosa.

CANCIÓN PRIMAVERAL

Todo al placer, todo al amor convida:
llegó la primavera!
Como el ojo radiante de una virgen
brilla la azul esfera.

—

Lleva en sus alas besos y canciones
la brisa perfumada;
hay rosas y violetas en los campos,
nidos en la enramada.

—

Resplandeciendo entre el florido césped
las linfas centelleantes
del arroyo, semejan collar roto
de perlas y diamantes.

—

Finge boca de fuego embriagadora
la amapola encendida;
la azucena cargada de rocío,
copa de vino henchida.

—

Entre los verdes árboles fulgura
blanco velo de encaje
que, al revolar, parece una paloma
de nevado plumaje.

—

¡Todo al placer, todo al amor convida!
¡Todo es dulce y riente!
¡Solo sufre en la tierra alborozada
mi corazón doliente!

PENSAMIENTO

Del lago azul y sonoro
baja las ondas de plata,
la tradición nos refiere
que una náyade descansa.
Tradición, eres mi historia:
el lago azul es mi alma,
y la virgen pöesía
es la náyade sagrada!

EN LA TIENDA

La tienda es rico búcaro de flores,
mansión de los amores,
y de arte y lujo espléndido tesoro.
Es de noche; dos lámparas iguales,
de plata y de cristales,
bañan la tienda en un raudal de oro.

En un diván se hallaba reclinada
una hermosura, un hada,
y entre tanto esplendor, grandeza y brillo,
resaltaba su cuerpo delicado,
como en marco dorado
hermosísima virgen de Murillo.

Invitada por mí, pasó al piano.
Con prodigiosa mano
notas brillantes resonar hacía;
yo la miraba enamorado y ciego,
y al percibir el fuego
de mis miradas, ella sonreía.

Sus ojos luminosos y rasgados,
al cielo levantados,
el fulgor de los astros derramaban,
mientras sus manos, pálidas y hermosas,
cual blancas mariposas,
por el teclado de marfil volaban.

Del piano magnífico surgía
extraña melodía
de cantos de placer, rumor de espadas,
suspiros, quejas, risas y gemidos,
y sonoros chasquidos
de besos y ruidosas carcajadas.

En mi loca y ardiente fantasía
vibró la poesía;
senti mi corazón de amor henchido;

y, tembloroso, murmuré: «¡Tesoro
de belleza, te adoro,
y antes de conocerte te he querido!»

Bajó la hermosa la virgínea frente,
y una lágrima ardiente
resbaló por su faz blanca y serena,
cual cristalina gota de rocío
por el pétalo frío
de una gentil y cándida azucena.

....

Nunca olvido la tienda suntuosa,
ni la jóven preciosa
de dulce rostro y celestial mirada,
cuya imagen divina y sonriente
siempre estará en mi mente
con ráfagas de fuego dibujada.

(Varias Épocas).

FERIA DE SEVILLA

La Jineta.

Miradla, ahí vá: sobre el valiente potro
de pupila brillante y crin rizada.
Miradla: ¡cuan hermosa es su figura!
¡Que belleza en su traje y que arrogancia!

El sombrero andaluz de terciopelo
da a su cabeza más relieve y gracia;
viste lujosa falda de alamares
y chaquetilla de oro recamada.

De sus ardientes ojos africanos
encendidos relámpagos se escapan,
y la risa del sol en primavera
entre sus labios purpurinos vaga.

La intensa luz del transparente cielo
la envuelve en una atmósfera dorada;
no parece mujer, ninfa parece
que en un corcel fantástico cabalga.

Si quereis contemplar la fiel imagen
de Sevilla, la espléndida sultana,
miradla, ahí va, sobre el valiente potro
de pupila brillante y crin rizada.

OFELIA

La frente, orlada de olorosas flores;
en el pecho mortal melancolía,
y un cielo de candor y de poesía
en sus límpidos ojos soñadores.

La sublime canción de los amores,
en sus labios de aromas y ambrosía;
tiene la seductora melodía
de una bella canción de ruiseñores.

Ora lanza un suspiro dulce y leve,
ya grandes carcajadas argentinas,
que de lágrimas guardan un tesoro.

Y si mueve su planta linda y breve,
paréceme escuchar notas divinas,
delicioso rumor de alas de oro.

UNA MUSA

En los celestes ojos soñadores,
la abrasadora luz del mediodía;
la voz es un raudal de melodía;
la frente una mañana de esplendores.

Dibuja de su cuerpo los primores
rica veste de plata y pedrería;
guarda su labio mieles y ambrosía
y arde su tierno corazón de amores.

Canta, y en el azul vuelan triunfantes,
despidiendo magníficas centellas,
sus doradas estrofas palpitantes.

Lágrimas vierten sus pupilas bellas;
y en copa de zafiros y diamantes
bebe el fuego inmortal de las estrellas.

LA PRIMERA MAÑANA DE MAYO

El sol radiante, como inmensa pira,
incendia el mundo en lumbres y colores;
y sobre campos de aromadas flores
rauda legión de mariposas gira.

Su regia pompa la arboleda mira
reflejarse en los lagos tembladores;
baña la esfera un hálito de amores;
el mar parece regalada lira.

Bajo cielos de azul, púrpura y oro,
aves, insectos, ondas centelleantes
alzan a Dios un cántico sonoro.

¡Y por los verdes bosques de laureles
pasan las nueve musas deslumbrantes
en sus alados nítidos corceles!

CANTO DE MAYO

Era en Mayo, ese mes de las caricias,
lleno de rosas, céfiros y cantos;
mes radiante y feliz en que llamean
las almas y los cielos inflamados.

Bajo los frescos pámpanos, que fingen
luciente quitasol de verde raso,
recliné mi cabeza de poeta
sobre tu níveo seno cincelado.

«Duerme, mi bien», rendida me dijiste;
y, tus sedosas trenzas desatando,
sobre mi faz tejiste un velo de oro
con tus rubios cabellos perfumados.

Y me dormí. Y en sueños yo sentía
como las alas húmedas de un pájaro
que rápidas volando en torno mío,
rozaran leves mis amantes labios.

Era tu boca, tu adorada boca,
rico panal de miel, flor de granado,
que me besaba, sin tocarme apenas,
para no interrumpir mi sueño plácido.

¡Bendito Mayo, mes de las caricias,
lleno de rosas, céfiros y cantos;
mes radiante y feliz en que llamean
las almas y los cielos inflamados!

A MIS PAISANOS [1]

De nuestro pueblo sin par
debemos rectificar
el nobiliario blasón.
En su escudo hay que grabar
un inmenso corazón.

—

Eso es nuestro pueblo amado:
corazón firme y honrado;
dulce hospitalario puerto

---

(1) Leida, por su autor, en un banquete dado en su honor, en Puente Jenil en 1905, con motivo de la publicación de «La Vida Inquieta».

siempre a la envidia cerrado,
¡a la bondad siempre abierto!

—

Bella es la luz que colora
nuestro campo floreciente,
bella la clara corriente
que besa murmuradora
los arcos de nuestro puente.

—

Con su pompa y su follaje
¡cuan bello es nuestro paisaje
que en el Jenil se retrata,
como chal de verde encaje
sobre un espejo de plata!

—

Bellas tus mujeres son,
patria de la gentileza,
fuente de mi inspiración;
pero tu mayor belleza
es tu hidalga condición.

—

¡Tierra augusta y deliciosa,
siempre halló amparo en tu seno
toda empresa generosa;
siempre fuiste para el bueno
tierna madre cariñosa!

—

Siempre tus hijos se amaron;
y, si en tus dichas, gozaron
sufrieron con tus dolores;
y en tu obsequio prodigaron
oro, entusiasmo y honores.

—

Hay, pues, que rectificar
de nuestro pueblo sin par
el nobiliario blasón.
¡En él debemos grabar
un inmenso corazón!

PRIMAVERA

La golondrina africana
roza, al pasar, los cristales
de mi andaluza ventana,
y en la pradera cercana
suenan cantos matinales.

De violetas y esplendor
la Primavera vestida,
copa haciendo de una flor,
me brinda el dulce licor
del placer y de la vida.

Y descubre mi mirada
áurea nave engalanada
con flotantes banderolas,
que abre una estela argentada
en mar de celestes olas.

Canta en la navé el Amor
en brazos de la Alegría,
y el Ensueño embriagador
besa el rostro seductor
de la virgen Pöesía.

En el bajel, nueve diosas,
ceñidas de albos cendales
y coronadas de rosas,
pulsan liras melodiosas
¡y suenan himnos triunfales!

....

¡Deliciosa Primavera,
con tu sol doras la esfera
y alegras el corazón:
tu eres la musa hechicera
que enciende mi inspiración!

¡Arte,—Primavera ufana—
yo amo tus himnos triunfales,
aunque en nuestra edad liviana
dobla fúnebre campana
por todos los ideales!

LA ESTATUA ROTA

Hoy he vuelto al jardín, amada mía,
al jardín del amor,
donde bebí a raudales la ambrosía
de tus labios en flor.
Hoy, como ayer, el surtidor de plata
fulgura y canta en él;
y la opulenta rosa de escarlata
acaricia al laurel.
Como en tiempos mejores, su frescura
y sombra da el parral;
y refleja del cielo la hermosura,
el lago de cristal.
Mas, ¡ay! aquella estatua de alabastro
que erigí a nuestro amor,
la que al jardín llenaba como un astro,
de níveo resplandor;
la que al céfiro daba sus guedejas,
la ninfa virginal,
entre cuyos dos senos las abejas
labraron un panal,
hoy yace sobre el césped aromado,
rota y sin esplendor,
y en su divino pecho se ha posado
y llora un ruiseñor.

LA VENDIMIA

Hoy radiante surgió la alborada;
en la viña hay frescura y verdor,
y allá arriba, en la bruma dorada,
las alondras dan gritos de amor.

—

Bacante con diadema
de pámpanos, la viña
recibe jubilosa
los ósculos del día.
¡Oh viñas de mis padres,
con el recuerdo ungida
de mis floridos años
y mi amorosa dicha!
Hoy tu pagana fiesta,
la clásica vendimia,
no lanza al raudo viento
sus cantos ni sus risas.
De las vendimiadoras
las faldas amarillas
o rojas, que a lo lejos
banderas parecían,
hoy negras son: la guerra,
armada de odio y víboras,
¡ha abierto tantas fosas,
con sus terribles iras!...
El mosto ya no lleva
en su onda suaves rimas,
ni acordes de guitarras,
ni acentos de alegría,
rumor de panderetas,
de flautas ni de liras:
como un raudal de llanto
hoy triste se desliza.
En tanto, coronada
de pámpanos, la viña

recibe palpitante
los ósculos del día;
y el sol, como áurea copa
en los espacios brilla,
vertiendo, generoso,
el vino de la vida.

—

Es la noche. Relumbra la esfera
con su trémulo y blanco fulgor,
y en la viña una fuente parlera
narra antiguas historias de amor.

LAS CANCIONES DE LA VIDA

De la vida en la espléndida aurora,
oye el alma, sin penas ni anhelos,
la vibrante canción triunfadora
de la alondra que asciende a los cielos.

—

De la vida en la alegre mañana,
oye el alma, encendida en amores,
la canción melodiosa y ufana
que el feliz ruiseñor da a las flores.

—

De la vida en la tarde brumosa,
oye el alma doliente la queja
que, en la torre desierta y ruinosa,
lanza al viento la triste corneja.

—

De la vida en la noche, afligido
el espíritu, el cuerpo ya inerte,
oye el alma el siniestro graznido
de los cuervos que anuncian la muerte.

LA DANZA MACABRA

Sobre el blanco cementerio,
fulgores la luna vierte;
de la noche en el misterio
suena el violín de la muerte.
A las notas quejumbrosas
que el violín siniestro lanza,
dejan los muertos sus fosas
y emprenden lúgubre danza.
Llega el ritmo ronco y lento
del destemplado violín
a la choza del hambriento
como al dorado festín;
al carro del triunfador,
al lecho de los dolores...
¡hasta el nido que el amor
llena de risas y flores!
Antes que el alba divina
llore en los campos desiertos,
la horrible danza termina
y desparecen los muertos.
Luego, aunque el sol rayos vierte,
cielos y tierra alegrando,
sigue el violín de la muerte
sonando... ¡siempre sonando!

CANCION DE ESPERANZA

Ya la aurora feliz del nuevo día
anúnciase con trémulo fulgor.
¡Salud, infortunada patria mía!
¡Oh tierra de mi amor!
Almas nobles, al ser que os haya herido,
grandes y generosas perdonad,

y al pobre sin ventura, al desvalido,
        benignas amparad.
  Ya en las fábricas suena el ritmo de oro.
Ya el suelo inculto rompe el azadón.
¡Alcemos al trabajo himno sonoro
        y férvida oración!
  Al que labra, la suerte no es esquiva;
el páramo cambiemos en verjel,
y desposemos con la verde oliva
        el glorioso laurel.
  Del arte en la batalla triunfadores
adoremos la ciencia y la virtud,
y duerman nuestros odios y rencores
        en cerrado ataud.
  ¡Oh patria, por doliente más querida,
cesen ya tus desmayos y aflicción,
que tus hijos, por verte enaltecida,
        darán brazos, cerebro y corazón!

(Ultima época).

FIESTA VENECIANA

  La pálida luna llena
besa al lago de cristal.
Baile de máscaras suena
con gritos de bacanal.

—

  Baila con un mosquetero
una rubia juvenil,
más radiante que un lucero,
más floreciente que Abril.

—

  Mientras goza de la danza
la rubia linda y triunfal,
sangrientos fulgores lanza
el baile de Carnaval.

—

Un arrogante guerrero,
víctima del alma infiel,
de la rubia al mosquetero
ultraja henchido de hiel.

—

Salen uno y otro aprisa
del baile de Carnaval.
Pasa gimiendo la brisa
por el lago de cristal.

—

Se acometen iracundos
los rivales en amor.
y ambos ruedan moribundos
sobre el campo del honor.

—

Se esconde la luna llena;
llora el lago de cristal,
y el baile a lo lejos suena
como canto funeral.

HÉROES DE LA POESIA [1]

Invocación.

¡Héroes, sacra legión deslumbradora
que engendrara la excelsa fantasía,
calmad con vuestra copa de ambrosía
la sed de lo Inmortal, que me devora;

lanzadme una sonrisa protectora,
y surcaré, radiante de alegría,
el lago de la mágica Poesía,
espejo en que relumbra eterna aurora!

¡Virgen Poesía, amor de mis amores,
mi dulce y perfumada primavera
llena de sol, de músicas y flores:

tú eres mi devoción y mi embeleso,
y me robas el alma toda entera
con tu fragante y encendido beso!

(1) Escrito para el libro así titulado, que no llegó a publicar, apareciendo, en vez de él, «Robles de la Selva Sagrada», su obra póstuma, donde tampoco figura este soneto.

A ROSALES

Asido a la áurea crin de los corceles
del sol de Mayo, que en la azul esfera
finge la alegre nacional bandera,
cruzando vas el bosque de laureles.

Robaste a los helénicos cinceles
sus puras líneas; la verdad severa
al gran Velázquez, y a Castilla fiera
la audacia y sobriedad de los pinceles.

La historia, noble amor de tus amores,
vive en tus amplias telas peregrinas,
blanco ayer de la envidia y sus furores:

¡que el genio volador de alas divinas,
si ostenta una corona de esplendores,
ciñe siempre también otra de espinas!

EL CABALLERO DE LOS LEONES

Infantiles sonrisas en le boca
y rayos en los ojos delirantes,
muéstrase el héroe insigne de Cervantes
altivo y firme como enhiesta roca.
En la derecha mano el fino acero
y en la siniestra el empañado escudo;
el audaz español reta, sañudo,
al dorado animal terrible y fiero.
Su mirada el león clava agresiva
en el hidalgo intrépido y valiente...;
luego, el rey del desierto, indiferente,
la venturosa libertad esquiva.
Tan alta acción, al noble aventurero
de temerario da perenne fama:
¡Es que el león transfórmase en cordero
al ver al atrevido caballero
abrasado en atmósfera de llama!



NOTA

Las poesías de Manuel Reina que figuran en el «Apéndice III», desde la titulada «La Alhambra» hasta la que termina en la página 143, pertenecen a su *primera época* literaria, lo que por un olvido no se ha consignado en el lugar correspondiente.

AL TERMINAR

Manuel Reina también escribió brillantemente en prosa, como lo demuestran notables artículos insertos en su revista «La Diana» (1882-1883) y otros publicados en diversos periódicos, pero no los he reproducido en esta obra por querer consagrarla *exclusivamente* a su maravillosa e incomparable labor poética.

Al terminar estas páginas hago consignar mi gratitud a los Sres. D. Enrique Vázquez de Aldana, D. José Estrada Muñoz y D. Agustín Aguilar y Tejera. El primero de dichos Sres. me ha facilitado las poesías (incluidas en el Apéndice III), tituladas «La Alhambra», «En el Centenario de Calderón de la Barca», «Pensamiento», «En la tienda», «La Jineta», «Ofelia», «Una Musa» y «La Primera mañana de Mayo» y dos que aparecen en el Apéndice II. El señor Estrada Muñoz la titulada «A mis paisanos» y el Sr. Aguilar el artículo de su señor padre, D. Antonio Aguilar y Cano (q. e. p. d.), inserto en el Apéndice II.

Aunque todas las poesías recopiladas tienen mérito sobresaliente, se advierte diferencia entre las primeras y las últimas. Han sido incluidas con arreglo a las épocas en que fueron escritas (a partir del año 1881) y por esta razón, conforme se van leyendo, se van notando los progresos de su autor: el desarrollo de su inspiración, de su fantasía, de su privilegiado númen.

Aún podía haber agregado en el Apéndice III, muchas estrofas de la primera época literaria del Maestro, pero he preferido dar a conocer solamente las más notables

que, por causas que ignoro, no fueron incluidas en los libros del poeta.

Los innumerables admiradores de Manuel Reina celebrarán seguramente se hayan reunido en este volumen esas galanas composiciones, salvándolas así del olvido, pues se hallaban esparcidas en multitud de periódicos y revistas, siendo la mayoría de ellas desconocidas hasta de los más allegados de su autor. En cuanto a éste, seguro estoy de que no se cuidó nunca de conservar esas publicaciones, que en cambio, conservaron muchos de sus amigos y lectores.

Esas bellísimas estrofas demostrarán, mejor que mi pobre estudio biográfico, la excelsitud del Poeta, a cuya memoria he consagrado el homenaje de estas páginas: última ofrenda que he dedicado a su recuerdo.

E. de O.

Obras de Eduardo de Ory.

POESÍAS

Aires de Andalucía.
Laureles Rosas.
El Pájaro Azul.
La Primavera canta...
Bouquet de Azucenas.
Mariposas de oro.
Alma de luz.
Lo que dicen las campanas.
Caravana de ensueños.
Mármoles líricos.

ANTOLOGÍAS

La Musa Nueva (Poetas españoles contemporáneos).

Parnaso Colombiano (Poetas contemporáneos de Colombia).

PROSA

Desfile de Almas.
Gómez Carrillo (Estudio biográfico).
Manuel Reina (Estudio biográfico).

EN PRENSA

Hacia las cumbres... (Poesías).

